

Suplemento # 59



progressio

Laicos, Misioneros de Cristo

CVX
Comunidad de vida cristiana

Publicación de la Comunidad Mundial de Vida Cristiana
Borgo Santo Spirito, 8 - 00193 Roma - ITALIA - web site: www.cvx-clc.net
e-mail: exsec@cvx-clc.net

Ediciones en castellano, inglés y francés

Comité Editorial *Guy Maginzi* • *Ana María Aguirre*

*Ninguna parte de esta publicación se puede reproducir ni transmitir en cualquier forma
o por medio alguno sin el permiso previo del Secretariado Mundial de CVX.*

Impreso por Tipografia Città Nuova
Via S. Romano in Garbagnana 23, Roma - Italia
Graphic design *Alessandra De Marco*

Laicos, Misioneros de Cristo



Suplemento N. 59
Diciembre 2004

INDICE

Introducción	pag. 4
<i>Ana María Aguirre</i>	
Los Laicos en la Iglesia	» 6
<i>Josefina Errázuriz</i>	
La Iglesia de los Laicos	» 33
<i>José Reyes</i>	
Ayudantes de Cristo, Compañeros de Trabajo y Adultos en la Iglesia <i>José Reyes</i>	» 41
La misión de los laicos – Una contribución desde CVX.	» 46
<i>José Reyes</i>	
La Misión de la CVX – Una síntesis a partir de Itaici 98	» 59
<i>José Reyes</i>	
El Potinomio Apostólico de la CVX	» 63
<i>José Reyes</i>	
Ser Laico: Vocación y Misión	» 65
<i>José Reyes</i>	
Profetas de la Esperanza y la Justicia	» 72
<i>José Reyes</i>	
Magis – ¿Experiencia CVX?	» 84
<i>Goran Kühner</i>	
XXI Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos »	92
<i>José María Riera</i>	

INTRODUCCIÓN



El tema de los laicos en el mundo de hoy es crucial para nosotros como cristianos. La conciencia que tenemos los miembros de CVX de pertenecer a la Iglesia como una Asociación de Laicos renovada según el Concilio Vaticano II, y deseosa de participar en la misión eclesial, es lo que nos ha llevado a preparar este Suplemento de *Progressio* en el que presentamos algunos aportes interesantes sobre el tema. Nuestra intención es promover la inquietud e invitar a nuestras comunidades a reflexionar sobre lo que significa ser laicos en este nuevo milenio. Recordemos que la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús dice en su Decreto 13 que el milenio será “la Iglesia del laicado”.

Como primer artículo incluimos “Los laicos en la Iglesia”, una visión amplia, objetiva e histórica acerca de la doctrina sobre los laicos presentada por la Iglesia en diversos documentos a partir del Concilio Vaticano II. Su autora es Josefina Errázuriz, teóloga, madre de familia, ex vicepresidenta mundial de CVX y ex miembro del Consejo Pontificio para los Laicos. Al final de su trabajo, ella esboza los desafíos que implican para la Iglesia y su fuerza apostólica “la participación, corresponsabilidad y necesaria autonomía de los laicos en ella”.

A continuación presentamos algunos temas relacionados con “La Iglesia de los Laicos”, cuyo autor es José Reyes, actual vicepresidente mundial de CVX. Algunos de estos trabajos fueron preparados especialmente con ocasión del último curso intensivo del Programa Magis, efectuado en Quito, Ecuador, en 2004 y también para un encuentro de la CVX mexicana en el mismo año.

Estos trabajos arrojan una luz al tema 1) identificando y profundizando los retos que hoy se plantean a la Iglesia desde una perspectiva laical, 2) formulando algunas orientaciones metodológicas en relación con la vida

apostólica de los laicos y 3) situando a la CVX en el marco de los retos eclesiales y apostólicos identificados.

Los títulos de los artículos incluidos son: 1) "La Iglesia de los laicos", 2) "Ayudantes de Cristo, compañeros de trabajo y adultos en la Iglesia", 3) "La misión de los laicos: una contribución desde CVX", que lleva dos Anexos: Cuadro sintético de laici, 1998 y El polinomio apostólico de la comunidad: discernir, enviar, apoyar y evaluar. 4) "Ser laicos, vocación y misión, intimidad y extroversión y 5) "Profetas de la Esperanza y la Justicia, Una mirada a la misión de los laicos cristianos".

A continuación, presentamos un aporte de un miembro de CVX, Goran Kühner, que hace estudios bíblicos en Roma. La suya es una visión de la misión de un miembro de CVX en el mundo de hoy desde la perspectiva del Magis ignaciano como una espiritualidad para el mundo de hoy.

José María Riera, ex presidente mundial de CVX y actual miembro del Consejo Pontificio para los Laicos ha escrito sus impresiones acerca de la última reunión del Consejo, efectuada en octubre de 2004 en Roma. El nos abre caminos para el futuro, que son el fruto de las visiones compartidas por los miembros de la Comisión, que provienen de todas partes del mundo.

Esperamos, pues, que este material que les presentamos estimule la reflexión sobre nuestra espiritualidad laical. Para anunciar nuestra fe desde el mundo contradictorio, cambiante, sin certezas ni normas establecidas tenemos que hacerlo desde ahí mismo. Aprender a amar a todos los hombres con un amor activo, presente, transformador, abriendo nuestros brazos para acogerlos e invitarlos a encontrarnos con Jesús hasta en los más recónditos lugares del mundo.

*Ana María Aguirre
Comité Editorial Progressio*

Los Laicos en la Iglesia



1. Desafío actual.

Hoy, a casi 40 años del inicio del Concilio Vaticano II, está bastante extendido un hermoso "sueño de Iglesia" que el propio Concilio acogió, respaldó y presentó al mundo como el sueño de Dios para ella. Soñamos con una Iglesia en la que todos, clero y laicos, seamos la Iglesia, seamos miembros vivos y vivificantes del Cuerpo de Cristo, seamos una comunidad de evangelizadores y misioneros. Y esto a todos los niveles del ser y del pertenecer al Cuerpo entregado de Cristo, desde el Santo Padre y los Obispos como garantes de la unidad, hasta los fieles laicos de las más humildes parroquias y capillas donde se juega la redención del mundo. En relación

a este "sueño de Iglesia" vivimos también un profundo "dolor de Iglesia" porque percibimos que ha habido retrocesos en los últimos años respecto a esta forma anhelada de ser y de sentirnos Iglesia. Y esto tanto en la manera de relacionarnos al interior de ella como en la forma de mirar y relacionarnos con el mundo que nos rodea. En

algunos niveles percibimos repuntes de un clericalismo donde el centro de gravedad de la Iglesia no está radicado tanto en la "comunidad"

Soñamos con una Iglesia en la que todos, clero y laicos, seamos la Iglesia, seamos miembros vivos y vivificantes del Cuerpo de Cristo

como en el clero. El lenguaje que usamos corrientemente nos delata a cada paso; casi siempre cuando nos referimos a "la Iglesia", nos estamos refiriendo a la jerarquía y no a la Comunidad toda de los bautizados que en Cristo creemos y esperamos.

Sin embargo el "sueño" persiste y es potente y dinamizador. Sólo dos

ejemplos: - La última Conferencia Episcopal Latinoamericana en Santo Domingo, en 1992, llamó a "una necesaria y constante promoción del laicado" y llamó a los laicos "a convertirse en protagonistas de la Nueva Evangelización" del continente (Nº 97). - Por su parte, la Congregación General Nº 34 de la Compañía de Jesús en 1995 anunció, en su decreto Nº 13, que "sin lugar a dudas la Iglesia del siguiente milenio será 'la Iglesia del laicado'". Estas declaraciones sueñan a profecías esperanzadas que, como toda profecía, pueden abrir futuro con la fuerza del Espíritu que las suscita. Suenan a profecías de un futuro más luminoso y pleno para la Iglesia toda, un futuro más acorde con el sueño generalizado que se deja sentir a cada paso y que no puede sino ser suscitado por el Espíritu que mueve a la Iglesia a crecer.

En una Iglesia que inicia el Tercer Milenio pidiendo perdón por sus pecados históricos, no cabe duda que es importante reconocer que durante siglos, al interior mismo de la Iglesia, no hemos vivido articulados en una estructura de comunión y participación como lo exigía el "nosotros" misionero de los Padres de la Iglesia, sino una

estructura de distanciamiento, un clericalismo, que siguen generando pasividad y falta de identidad entre los cristianos laicos. Por siglos los laicos han sido células un poco anémicas del Cuerpo de Cristo, sin sentirse parte, sin la fuerza de sentirse Iglesia. Piedras vivas del Cuerpo de Cristo sin sentido de misión, como si no hubiera nada importante que hacer en el vasto mundo circundante a donde todos los bautizados somos enviados a llevar buenas noticias... A pesar de que ya han pasado casi 40 años desde el inicio del Concilio Vaticano II, al interior mismo de la Iglesia, en lugar de destacar lo que nos une, *la misión y la evangelización*, muchas veces ponemos el acento en lo que nos separa: *el ser laicos o clérigos*. Y esto no es lo sustantivo sino lo adjetivo. *Lo sustantivo es ser cristianos, lo adjetivo es ser clérigos o laicos.*

La verdad es que estamos lejos de vivir en una Iglesia de Comunión y Participación como nos la propusieron los decretos conciliares y después el Sínodo Romano de 1985, el Sínodo sobre los Laicos de 1987, la Christifideles Laici en 1988, las Conferencia Episcopales

Latinoamericanas e incluso el Nuevo Código de Derecho Canónico. Y este es, a mi modo de ver, el gran desafío eclesial del Tercer Milenio: pedir perdón por nuestras infidelidades en ser la Iglesia con la que Jesús soñó y a la que envió su Espíritu de Resucitado, la Iglesia que Dios mismo necesita para la salvación del mundo. Y, además de pedir perdón por nuestras equivocaciones y pecados como Iglesia, decidimos con la fuerza del Espíritu Santo a implementar y hacer realidad existencial esos llamados de Jesús a estar, como comunidad, muy unidos a El para trabajar con El en la construcción del Reino del Padre en nuestro mundo. Y a hacerlo con Su estilo sencillo, directo y desapegado de la riqueza, el brillo y el poder.

2. Un poco de historia.

Para poder aclarar bien de qué estoy hablando es necesario hacer un pequeño recorrido histórico que arroje luces sobre el problema:

a. La Iglesia primitiva.

La Iglesia de los primeros siglos fue muy diferente a la nuestra

actual. Se sentía, toda ella y todos en ella, comunidad estructurada para llevar buenas noticias al mundo que no conocía a Jesucristo. Esta comunidad estaba feliz de que en ella se dieran muchos carismas, todos en función del servicio. La Iglesia y sus comunidades se comprendieron como un sólo Cuerpo en el que cada órgano tenía su función propia (cf. 1 Cor 12, 4-31), es decir, que cada cristiano, en virtud de una vocación que es personal, concreta e intransferible posee un lugar propio y único para el bien de los demás y en ese camino, sea



sacerdote o no, puede ser santo y a eso está llamado.

La Iglesia era una *comunidad de creyentes* antes que un *cuerpo jerarquizado* porque lo más

Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano

importante en ella era la *comunión* = común unión de todos los bautizados en Cristo. Esta se fundaba en la *idéntica* dignidad de bautizados que todos poseían. Tal dignidad

implicaba, como privilegio y como responsabilidad, una participación activa en la misión de la Iglesia. San Agustín es uno de los Padres que más destaca la común dignidad entre ministros y laicos: "Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa mi deber, éste una gracia; aquel, un peligro, éste, la salvación" (San Agustín, Serm 340, 1. Citado por el Concilio Vaticano II en L.G. 32). Muchos Padres de la Iglesia expresan pensamientos en esta línea como, por ejemplo, San Cipriano y San Juan Crisóstomo. San Cipriano, a pesar de ser uno de los obispos con

más conciencia de autoridad en la Iglesia católica confesaba: "Desde el principio de mi episcopado determiné no tomar ninguna resolución por mi cuenta sin vuestro consejo y el consentimiento de mi pueblo".

En la primera Iglesia se vivía a fondo la convicción de que la igualdad fundamental de todos los creyentes - por el don inmenso del bautismo que los sella con los rasgos y la misión de Cristo -, es previa a los papeles que desempeñan. La Iglesia de los primeros siglos aparecía unida como un todo y se presentaba ante el mundo de la época como una "alternativa de sentido" frente a los valores y criterios de juicio que configuraban el vivir y el hacer de aquella sociedad.

El enfoque de la Iglesia era hacia afuera, hacia la misión. Por eso la distinción que se planteaban no era entre clérigos y laicos, sino entre cristianos y no cristianos. La distinción que importaba se planteaba entre la *novedad cristiana común a todos los bautizados* y la *sociedad que debía ser evangelizada*. La primera Iglesia era una *comunidad de creyentes* en la que había diversos ministerios y servicios pero sólo una misión

común, aunque diferenciada, que a todos comprometía porque era de todos como exigencia ineludible de su bautismo.

Lo que realmente importaba era presentarse unidos en torno al obispo, garante de la unidad y la comunión, como una *propuesta nueva* para un mundo pagano, como levadura capaz de hacer fermentar la humanidad, como semilla del Reino de Dios. "La tensión era hacia afuera en relación con el pagano y el perseguidor que hay que evangelizar, más que hacia adentro en la distinción jerárquica - laicado" (Bruno Forte Art. "Laicado" en diccionario teológico interdisciplinar, III Ed. Sígueme, 1982, pag. 256).

La doctrina bíblica de un sacerdocio y responsabilidad común a todos los bautizados se articula en especial a partir de 1 Pedro 2, 5. 9-10 y de Apocalipsis 1, 5 - 6 y 5, 9 - 10 y encuentra un eco importante en la Iglesia de los Padres. La corresponsabilidad de los laicos era para ellos una exigencia del bautismo y era ejercida en todos los niveles, tanto al interior como al exterior de la comunidad. Esta corresponsabilidad queda patente incluso en la elección de los

ministros, en los sínodos de las Iglesias locales y en los Concilios. Y, por supuesto, esta es una retrospectiva general que simplifica mucho al centrarse en la línea eclesiológica predominante.

b. Una identidad que se diluye.

Tras Constantino esto comenzó a cambiar. El cristianismo pasó a ser la religión oficial del Estado Romano, y todos se fueron haciendo cristianos porque les convenía. Ya no parece urgente evangelizar porque no parece haber paganos entre ellos... La Iglesia comienza a tener bienes y privilegios y, por eso, se domestica y pierde su fuerza escatológica. Al no seguir siendo contracultural, es decir, consciente de ser una alternativa de sentido para una cultura no cristiana, fue perdiendo su dimensión profética. La tensión ya no es con la cultura adversa en la que hay que dar un testimonio vivencial sino que se centra en las distinciones al interior mismo de la Iglesia, entre el clero y los laicos.

Los obispos se equiparan a los altos funcionarios del imperio y se visten y viven ricamente, como ellos (algo que en algunos casos aún perdura y no se ha erradicado del todo). Los clérigos adquieren una categoría de privilegio y los de

mayor rango adquieren mucho poder. Y la mayoría de los cristianos, los laicos pasan a constituirse en el pueblo "sencillo"

La tensión ya no es con la cultura adversa en la que hay que dar un testimonio vivencial sino que se centra en las distinciones al interior mismo de la Iglesia, entre el clero y los laicos

(plebeius). De este modo va perfilándose y consolidándose la distinción entre "clerus et p l e b s ". Además, en la temprana Edad Media, los clérigos recibieron el privilegio de la formación y el pueblo = laos = laicos, no la recibe porque

se piensa que no la necesita. Así se transforma en "iliteratus" y se va perdiendo la identidad de la Iglesia como "comunidad para la misión".

El centro de gravedad de la Iglesia se desplaza hacia el clero y los monjes que monopolizan la cultura y el poder. El ser Iglesia se concentra en ellos, los laicos pasan a ser cristianos de segunda categoría. Esta tendencia a equiparar "Iglesia" con "clero" se acentúa en el Siglo IX y, en el siglo XI con la reforma gregoriana. Luego en el siglo XII, a partir del

Decreto de Graciano (1140), se establece la dualidad laicos (= mundo) versus clérigos (= la Iglesia). Se establecen dos clases de cristianos, los espirituales y los carnales. Desde entonces se rechaza que los clérigos puedan tener una profesión secular y a los laicos se les niega que tengan ningún derecho en la elección de los ministros y pasan a ser objeto de catequización y no sujetos capaces de llevar buenas noticias.

Bajo estas condiciones, la eclesiología se fue convirtiendo cada vez más en una jerarcología y la Iglesia fue estructurándose más como un cuerpo jerarquizado que como una comunidad de creyentes. Era una visión piramidal de la Iglesia, en contraposición a la eclesiología de comunión misionera de la Sagrada Escritura y de la Iglesia de los primeros siglos. Se deja de reflexionar teológicamente acerca de la "comunión" y el "sacerdocio común" de todos los bautizados y así se va olvidando esta tremenda riqueza de la nuestra fe. La alternativa obvia para un buen cristiano que quería vivir a fondo su entrega a Jesucristo era hacerse monje o religioso; como laico no había futuro de santidad reconocido explícitamente.

La relación Iglesia - mundo pasa a ser una de "cristiandad", con una mirada al mundo como desde arriba, considerando que nada valioso puede recibir de él. La Iglesia sabe, sin escuchar, lo que



el mundo necesita y tiene todas las respuestas. El mundo exterior a la Iglesia no parecía tener nada que aportar, solo tenía que recibir lo que la Iglesia quería darle. Se lo miraba sin respeto, con desconfianza e incluso con miedo.

Por supuesto que esta es una visión parcial, que al enfocar las fallas humanas de organización, no

refleja toda la riqueza que el Espíritu Santo ha suscitado siempre en la Iglesia, ininterrumpidamente. Siempre hubo obispos, sacerdotes y laicos santos que vivieron al estilo de Jesús y que anunciaron con su vida la buena noticia del Reino. El Señor ha estado siempre con su Iglesia y lo estará hasta el fin de la historia humana. Pero esta es una mirada que marca, caricaturizando, una tendencia eclesiológica que es la que predominó en el segundo milenio y que puede ayudarnos en el diagnóstico de los desafíos para el Tercer Milenio.

c. Al reencuentro de la identidad perdida.

A comienzos del siglo XX, tras la primera guerra mundial, comienza a surgir una conciencia de que el clero no puede representar la única presencia de la Iglesia en el mundo. A la postura de Pío IX de miedo al mundo y a la modernidad con "Quanta Cura" se opone una visión más positiva de lo secular con una autonomía propia. Pío XI promovió la separación Iglesia - estado, retiró a los clérigos de la política e hizo nacer con su encíclica *Ubi arcano* (1922) el apostolado de los laicos. Su visión era la de "participación de los laicos en el apostolado jerárquico"

por medio de la Acción Católica, y su peligro era que los laicos continuasen siendo una prolongación del clero, sin rostro misionero propio. Pero era un paso importante, que marcó un hito de cambio de mirada respecto a la identidad de los cristianos laicos y que preparó el camino al notable movimiento eclesial que precedió al Concilio Vaticano II.

Es así como en el período posterior a la segunda guerra mundial surgió lo que podríamos llamar *la teología de los laicos*. Especialmente importantes fueron las siguientes acentuaciones:

- la misión de los laicos no radica en una participación extraordinaria en el apostolado jerárquico, sino que tiene sus propias raíces en el bautismo, la confirmación y el matrimonio.
 - los ámbitos seculares del trabajo, la política, la economía, etc., gracias al orden creacional, poseen su propia legitimidad que ha de ser reconocida y respetada, si se las quiere configurar cristianamente. Aquí son los cristianos laicos los expertos.
- Y así llegamos a la convocación al CONCILIO VATICANO II, como una llamada del Papa

Juan XXIII a dejar entrar estos aires nuevos, a desentrañar en conjunto los nuevos llamados del Espíritu a la Iglesia, y a responder con fidelidad a ellos buscando las formas de encamarlos para que puedan ser salvadores.

3. La Eclesiología del Vaticano II

El Concilio Vaticano II significó el final de una visión eclesiológica piramidal que marcó a la Iglesia por casi todo el 2º milenio. La Constitución Dogmática **Lumen Gentium**, al anteponer el capítulo de "El Pueblo de Dios" al que trata de la "Constitución jerárquica de la Iglesia y el episcopado" hizo un cambio copernicano en la forma de pensar y sentir la Iglesia.

Un cambio de esta magnitud trae consigo mucho desgarró y dolor pero, también, mucha esperanza de que el Señor quiere suscitar algo nuevo en su Iglesia. Es lo que hemos vivido en estos años postconciliares en que la Iglesia ha intentado, con mayor o menor fidelidad, implementar lo que el Espíritu Santo propició y regaló en ese gran acontecimiento eclesial. Lo mismo puede decirse de las actitudes postuladas en el Concilio para la relación Iglesia - mundo

con la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*.

A.El Concilio Vaticano II y sus líneas fuerza

Iglesia, Pueblo de Dios. Una línea muy destacada en la eclesiología del Concilio es la de Pueblo de Dios: "Este pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo..., por condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios..., por ley el nuevo mandato de amar como Jesús amó..., por fin la dilatación del Reino de Dios... Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad... es sacramento visible de esta unión" (L.G. Nº 9). La eclesiología del Vaticano II postula que el Pueblo de Dios, nacido del bautismo como un todo, está todo él destinado a continuar la misión que le ha confiado Jesucristo. Todo él es responsable del cumplimiento de esa misión. Todos sus miembros, cada uno a su modo propio, son continuadores de la triple función de Cristo, sacerdotal, profética y real. Con esta manera de presentarse, la Iglesia corrigió radicalmente la visión de una Iglesia dividida en dos clases de cristianos, en la que los laicos eran como un rebaño, inerte y pasivo.

Iglesia, Misterio de Comunión. Subyacente a la idea conciliar de Pueblo de Dios se encuentra otra de las ideas fuerza del concilio: la Iglesia como misterio de comunión: "La Iglesia es en Cristo, como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano..." (L.G. Nº 1). La Iglesia es como el "Cuerpo de Cristo" que es uno y, en él, todos sus miembros son importantes: "La vida de Cristo en este cuerpo se comunica a los creyentes, que se unen misteriosa y realmente a Cristo, paciente y glorificado, por medio de los sacramentos. Por el bautismo nos configuramos con Cristo..." (L.G. Nº 7). Se trata de una vuelta a las



raíces más hondas de nuestra fe. Los Padres Conciliares acentuaron la comprensión de la Iglesia como el "nosotros" de todos los bautizados, como la "comunión de los santos". Retomaron así la manera de sentirse Iglesia que impregnó la conciencia eclesiológica durante los primeros siglos y que, en la tradición de las

Iglesias orientales, sigue muy viva. Este modelo de Iglesia que emerge de la Escritura y de los Padres y, también, de la misma acción pastoral que ya, a mediados del siglo XX, se estaba haciendo realidad con la incorporación de los laicos de la Acción Católica en el quehacer de la Iglesia, fue de gran importancia para los Padres Conciliares y les permitió hacer el vuelco para presentar a la Iglesia en clave de *comunidad*.

La Iglesia es misterio de comunión porque nace del misterio trinitario. La Iglesia tiene sus raíces en la Trinidad: en el amor de Dios nuestro Padre, en la gracia de nuestro Señor Jesucristo y en la comunión del Espíritu Santo (cf. 2 Cor 13,13). Del misterio mismo de Dios viene, en El se alimenta y hacia El se encamina. Por eso el centro de la Iglesia está en la comunión que es su esencia más íntima, aquello que la hace ser Iglesia. Su ser "comunión para la misión" es lo sustantivo de la Iglesia y de allí brota lo relativo: los diferentes servicios, ordenados o no. Y porque la Iglesia es la que hasta la Parusía proclama la inminencia de la venida del Reino de Dios y vive para ese Reino, la misión pertenece a lo sustantivo de su ser y es su privilegio.

Los Obispos, pastores de la Iglesia. La inmensa importancia del regalo de Dios que significa para la Iglesia el servicio que en ella prestan el Papa y los Obispos está expresado en el Capítulo III de la Constitución sobre la Iglesia.

"En orden a apacentar el Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo instituyó en su

La Iglesia es misterio de comunión porque nace del misterio trinitario

Iglesia diversos ministerios ordenados al bien de todo el Cuerpo ... Jesucristo, eterno Pastor, edificó la santa Iglesia enviando a sus Apóstoles como El mismo había sido enviado por el Padre y quiso que los sucesores de éstos, los Obispos, hasta la consumación de los siglos, fuesen los pastores de su Iglesia". Encabezados por el sucesor de Pedro en quien puso "...el principio visible y perpetuo fundamento de la unidad de la fe y de la comunión" rigen la Iglesia (Cf. L.G. 18); la guían y apacientan y son los dispensadores de los misterios de Dios porque han recibido la plenitud del Orden (Cf. L.G. Nº 21). "Cada Obispo es el principio y fundamento visible de la unidad en su propia Iglesia,

formada a imagen de la Iglesia universal... Todos los Obispos deben promover y defender la unidad de la fe y la disciplina común en toda la Iglesia, instruir a los fieles en el amor del Cuerpo místico de Cristo, sobre todo de los miembros pobres y de los que sufren o son perseguidos por la justicia; promover, en fin, toda acción que sea común a la Iglesia, sobre todo en orden a la dilatación de la fe y a la difusión plena de la luz de la verdad entre todos los hombres" (L.G. Nº 23).

La relación Iglesia - mundo se expone novedosamente en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. Allí se afirma que la Iglesia no sólo tiene mucho que dar al mundo sino que también el mundo tiene mucho que aportar a la Iglesia. Destaca en esta relación la importancia de las actitudes de escucha y respeto hacia las culturas del hombre, hacia sus búsquedas y planteamientos seculares. En lugar de mirar al mundo como la sede del mal, como el que se opone a la Iglesia, se refiere a él como el mundo que Dios está continuamente creando y sustentando y al que la Iglesia ofrece el tesoro que ella tiene para aportarle: la buena noticia del amor de Dios en Jesucristo.

Este cambio en la forma de mirar produjo un vuelco revolucionario, esperanzador pero difícil de vivir con equilibrio. Trajo conflictos a los que seguimos buscando solución, que siguen desafiándonos y obligándonos a discernir caminos y a no simplificar. En esta nueva relación Iglesia - mundo es muy importante la presencia y contribución de los cristianos laicos que están inmersos existencialmente en ella y tironeados por ella.

B. El Sínodo Romano de Obispos de 1985, celebrado a los veinte años del Concilio, destacó con fuerza que la Eclesiología de Comunión es la idea central y clave de los documentos del Concilio. Desde esa fecha, la "comunión eclesial", tan fundamental en la eclesiología del Concilio y a la que los obispos pensaron que no se había prestado suficiente atención, pasa a ser categoría central en la reflexión posterior a este Sínodo.

La implementación post-conciliar de estas líneas-fuerza no ha sido fácil en la Iglesia Universal porque implican un cambio muy hondo del modo de vivir y experimentar la Iglesia; implican una conversión bastante radical que afecta a

formas de mirar, de sentir y de pensar muy arraigados por siglos. Se han ido dando pasos, a veces priorizando algún aspecto y dando menos importancia a otros, a veces con alegría y fuerza, a veces con miedo a lo desconocido y dificultades de comprensión en torno a la forma de vivir el poder y la autoridad. Dos pasos adelante, uno hacia atrás... Ha habido lucha y dolor por difíciles cambios de actitudes interiores tanto para la jerarquía acostumbrada a decidir unilateralmente porque creía tener todas las respuestas, como para los laicos acostumbrados a que nos dijeran qué era bueno, qué había que hacer y cómo, sin necesidad de discernir los caminos nuevos que nos desafían. Pero vamos avanzando por estos caminos que el Señor nos sigue mostrando con fuerza, a pesar de obvios retrocesos que escandalizan y duelen.

4. Los Laicos en los Documentos de la Iglesia.

A. El Concilio Vaticano II.

Dentro de la Ecclesiología de Comunión para la Misión, la Constitución Dogmática **Lumen Gentium** no intenta dar una definición del ser laico sino que, en el capítulo a ellos dedicado, se

refiere a su lugar en la Iglesia (31), a su dignidad (32), unidad en la diversidad (32), llamado a la santidad (32), apostolado de los laicos (33), consagración del mundo (34), testimonio de vida y de palabra (35), señorío sobre las estructuras, función profética y sacerdotal (36). En esta oportunidad me referiré solamente a tres de ellas que me



parece que arrojan luces clarificadoras sobre temas que han estado fuertemente en la discusión post-conciliar:

Partícipes en la misión de Cristo.

En el N° 31 dice que los laicos están "incorporados a Cristo por el bautismo", "constituidos en Pueblo de Dios", "partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo ejercen la

misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" Esto es lo constitutivo de la inmensa dignidad e importancia de todos en la Iglesia. De los laicos se especifica que la realizan "a su manera". Gracias a Dios que faltó aclarar cual era esa manera... Desde mi punto de vista esto no puede definirse en general o en forma rígida, porque sería disminuirle la libertad a Dios que es quien da las diversas vocaciones personales a los laicos al interior de la Iglesia. La forma de ejercer el señorío, el profetismo o la dimensión sacerdotal es única para cada cristiano que tiene que ir descubriéndola, discerniéndola y encarnándola en su vida diaria y en el servicio al que lo llame el Señor tanto en la Iglesia como en el mundo.

Carácter secular. En el mismo N° 31 dice que "el carácter secular es propio y peculiar de los laicos.... A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales." Esto tampoco es muy claro porque la secularidad es una dimensión característica de la Iglesia toda. Creo que se trata de balbuceos buscando expresar lo que por siglos no se decía. Tras estas

declaraciones del Concilio se ha reflexionado mucho respecto de la dificultad seria que implica querer aclarar lo propio de los laicos desde la secularidad. Esto dejaría fuera del mundo a los sacerdotes, diáconos, obispos... Y si no están en el mundo, en el siglo, ¿dónde están?

Producto de años de reflexión post-conciliar, Juan Pablo II dice: "Ciertamente todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular, pero lo son de formas diversas" (ChF L, 15). La secularidad es una dimensión de toda la Iglesia, de todo el Pueblo de Dios, de todo el Cuerpo de Cristo que peregrina en este mundo y va haciendo historia en él. Desde la encarnación (= secularización) del Verbo de Dios, nadie que se llame cristiano puede abdicar de la secularidad. Y desde el envío del Señor a llevar las buenas noticias de la salvación hasta los confines del mundo, nadie puede contentarse con actuar sólo en los quehaceres temporales sin proclamar en ellos el misterio de salvación. El mundo es el lugar teológico de la respuesta a Dios de todos los cristianos y en él están llamados a ejercer su envío misionero. La transformación del mundo es la más grande empresa a

la que nos puede llamar el Señor, y nadie puede restarse. En ella debemos trabajar, codo a codo, sacerdotes y laicos; todos los cristianos como comunidad de Iglesia.

Llamado a la santidad. El llamado explícito a los cristianos laicos a la santidad es un signo conmovedor y esperanzador del Concilio. Lo afirma como un llamado para todos en la Iglesia, sin distinción de roles, a causa del estar insertos en Cristo por el bautismo. Ser santos es el llamado de Cristo a todos sus seguidores. Esa vocación constituye un componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal. Y es uno de los aciertos del Concilio el reafirmar con tanta fuerza algo tan central pero que estaba como perdido de la conciencia más superficial de la Iglesia: el que todos estamos llamados a la santidad. Y esto es fundamental. Mirando la historia de la Iglesia nos damos cuenta que la santidad es el secreto y la fuerza de su dinamismo apostólico y misionero. Y ahora nos queda claro que no es necesario ser sacerdote o religioso para ser santos; se abre la perspectiva de una santidad laical inserta en el mundo y

transformándolo desde adentro, sin necesidad de huir de él.

B. Exhortación Apostólica "Christifideles Laici", 1988.

Tras el Sínodo Romano de 1987 sobre los laicos, el Papa Juan Pablo II entregó esta exhortación apostólica que pasó a ser como la Carta Magna para los laicos en la Iglesia.

La exhortación muestra a la Iglesia como

**MISTERIO DE
COMUNIÓN
MISIONERA** en

el que todos

l o s

bautizados

son igualmente

importantes. Y da un

paso adelante

en lo que

s e



refiere a perfilar la situación eclesial del cristiano laico, a su llamado a la santidad y a su inserción secular. Propone en forma

absolutamente novedosa, al mundo como la Viña del Señor desde donde Dios llama a todos los fieles, ordenados o laicos, a trabajar (Nº 1). Anteriormente, este título de Viña del Señor sólo se usaba para la Iglesia.

Reconoce la gran fuerza de renovación que ha tenido para la Iglesia la participación más amplia, consciente y responsable de tantos cristianos laicos, hombres y mujeres. Esto lo ve como un rejuvenecimiento de la Iglesia obrado por el Espíritu Santo que está generando un nuevo estilo de colaboración entre sacerdotes y fieles laicos. También declara como un regalo para la Iglesia el florecimiento de agrupaciones laicales, asociaciones y movimientos de espiritualidad y de compromiso apostólico. Resalta la participación más amplia y significativa de la mujer en la vida de la Iglesia y en el desarrollo de la sociedad. Destaca dos peligros principales que ha detectado entre los laicos en el post-concilio: la tentación de descuidar las tareas que les corresponden en el mundo por dejarse absorber por tareas intraeclesiales, y "la tentación de legitimar una indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en

las más diversas realidades temporales y terrenas" (Nº 2).

Este documento profundiza el Concilio en lo referente a la identidad de los laicos por el bautismo (Nº 9 al 14), a su índole secular (Nº 15), al llamado a la santidad (Nº 16 y 17). Ahonda en la eclesiología de comunión (Nº 18 al 20) y en los ministerios y carismas que suscita el Espíritu (21 al 24). Pide buscar formas de una participación más real de los laicos en los diversos niveles de la vida de la Iglesia (25 al 27), y reflexiona en torno a las formas personales y asociativas de participación (28 y 29). Formula criterios de eclesialidad para las Asociaciones y Movimientos laicos (30) que desarrollará más adelante, y habla del servicio de los pastores a la comunión (31). Reflexiona largamente respecto a la corresponsabilidad de los laicos en la Misión de la Iglesia (32) en su envío a anunciar el Evangelio (33) y llama a una Nueva Evangelización (34 y 35). Busca la síntesis fe-vida y para eso llama a vivir el Evangelio sirviendo a la persona y a la sociedad (36 - 43) y a evangelizar la cultura y las culturas del hombre (44). En el capítulo IV habla de los obreros de la Viña del Señor (que es el

mundo) y de la variedad de vocaciones que suscita el Espíritu en su Iglesia. La relación hombre - mujer en la vida es hermosamente tratada como una maravilla regalada por Dios a la humanidad e invita a vivir esto con más brillo en la Iglesia (49 al 52). En el capítulo V se trata ampliamente de la formación de los fieles laicos para la misión.

El cómo llegar a ser una Iglesia - Comunión para la Misión es la gran pregunta que necesitamos enfrentar todos. Y los laicos asociados necesitamos descubrir cómo llegar a ser ese "signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo" que nos presenta como nuestra más íntima razón de ser la *Christifideles Laici* en su N° 29. Y necesitamos encarnar los criterios de discernimiento de nuestra eclesialidad que nos propone en el N° 30, criterios de eclesialidad que son como los cauces profundos en los que se juega nuestro desarrollo fecundo al interior de la Iglesia y la fuerza de nuestro impacto misionero en el mundo. Ellos son:

- El primado que hay que dar a la vocación de cada uno a la *santidad*. Criterio que favorece y alienta una unión más íntima entre

la fe y la vida concreta de sus miembros. Se espera que quienes participan en una comunidad o asociación de fieles laicos sean testigos de Jesucristo hoy, aquí y ahora, con la misma realidad, con la misma novedad, con la misma fuerza de atracción y convicción que tuvieron los apóstoles y los primeros cristianos; que tuvieron Santa Teresita de los Andes o el Padre Alberto Hurtado SJ. Se espera que así atraigan, por la fuerza evangélica que irradian, por su forma de vivir, a una refundación de la experiencia cristiana en la radicalidad y belleza de su misterio. El encuentro con Jesucristo será siempre la fuente de toda santidad, la fuente inagotable de la eficacia apostólica, del servicio a los hombres y el mundo. De la santidad nace toda auténtica renovación de la Iglesia.

- *La responsabilidad por confesar la fe*. Nuestras comunidades pueden ser verdaderos lugares de anuncio y proclamación de la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre en conformidad con el Magisterio porque en ellas el Señor nos hace experimentar la novedad de una vida diferente. La novedad de un estilo de vida que fortalece y ayuda a cambiar actitudes,

comportamientos y criterios de juicio en conformidad con el Evangelio. Así se confiesa la fe no sólo con palabras sino también con actitudes.

- El tercer criterio para discernir nuestra eclesialidad apunta a que las asociaciones sean *signos de comunión y unidad a imagen del misterio trinitario*. La comunión



que se viva en ellas sólo será realidad evangélica si se centra en la Eucaristía, si se nutre de la Palabra de Dios, si reconoce al Papa y a los Obispos como garantes y servidores de esa unidad. La comunión se manifiesta en la unión y amistad que genera

entre los miembros y en la disponibilidad a colaborar con otras instancias eclesiales y formas asociativas. Comunión que se realiza y enriquece acogiendo la pluriformidad de carismas y vocaciones. Comunión que es el don más precioso que Dios da para la conversión de las personas y la transformación del mundo.

- Un cuarto criterio es el de la *participación en el fin apostólico de la Iglesia*. Todas las asociaciones están llamadas a un más intenso y extenso dinamismo misionero como sujetos colectivos responsables de anunciar y proclamar las buenas noticias del Evangelio. Se trata de dejarse tomar por ese ímpetu misionero que nos lleva a exclamar con San Pablo: ¡Ay de mí, si no proclamo el Evangelio! Esto requiere comprometerse, como asociaciones, con la evangelización, santificación y la formación cristiana de las conciencias, de modo que consigamos impregnar con el espíritu evangélico las diversas culturas y ambientes.

- El quinto criterio de discernimiento de la eclesialidad de las asociaciones es el comprometerse en *una presencia*

en la sociedad humana que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral de las personas.

Como Asociaciones hemos de ser corrientes vivas de solidaridad para construir condiciones más justas y fraternas de convivencia social. Estamos llamados a generar nuevas formas de vida, nuevas experiencias de convivencia, nuevas mentalidades y estructuras de relación entre las personas, las etnias, los pueblos y las naciones. Hoy se requiere ir más allá de los sueños y utopías, más allá de las ideologías. Se trata de vivir la fe con renovado realismo que manifieste la fecundidad social e histórica. Y estamos enviados a hacerlo confiando en la potencia de la Resurrección de Cristo, Señor de la historia, y en la iluminación del patrimonio reactualizado de la Doctrina Social de la Iglesia.

Apoyar la implementación y vivencia en profundidad de la Christifideles Laici que amplía y profundiza las enseñanzas del Concilio para toda la Iglesia Universal, es el cometido del Consejo Pontificio para los Laicos. Este Consejo Pontificio busca tener sus réplicas en los Consejos de Laicos a nivel de las Conferencias Episcopales y en las Diócesis. En

los casi 40 años post-conciliares estos Consejos laicales han tenido un caminar desigual y difícil en diversas latitudes del mundo. Desde mi punto de vista, estos Consejos Diocesanos de Laicos son muy importantes para buscar formas de acompañar y reforzar la vida cristiana de tantos bautizados alejados de las estructuras parroquiales; para articular y apuntalar a tantos cristianos que no saben cómo pueden vivir y dar testimonio de su fe en el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de las comunicaciones, etc. También para dar cauce a la comunión entre las Asociaciones y Movimientos de laicos y su relación con la Pastoral de Conjunto de las diócesis; y para encauzar y respaldar lo mucho que el Señor suscita en su Iglesia más allá de las Parroquias. Realmente, si fuéramos articulándonos con creatividad para ponerle carne y vida a lo que esta Exhortación Apostólica propone, la Iglesia florecería con una vitalidad primaveral maravillosa y seríamos testigos admirados de lo que puede hacer el Espíritu Santo si nos decidimos a organizarnos para vivir en una Iglesia Comunión para la Misión. Estamos bien lejos de vivirlo y las dificultades provienen tanto del clero como de los laicos por incomprendiones y malos

entendidos, por clericalismos o laicismos; por actitudes infantiles o faltas de compromiso de los laicos o por actitudes despectivas o impositivas de la jerarquía. Pero, al menos, podemos soñarlo y sentir el desafío de buscar formas y de dar los pasos adecuados para implementar esta riqueza.

C. Conferencia Episcopal de Santo Domingo, 1992.

El documento de esta Conferencia Episcopal Latinoamericana testimonia que nuestros Obispos consideran la Nueva Evangelización, la Promoción humana y el penetrar las culturas con la fuerza del Evangelio como el proyecto global de la Iglesia en respuesta al Señor Resucitado que quiere seguir encarnándose y extendiendo el Reino del Padre en esta América nuestra. Entre los diversos temas tratados quisiera destacar los siguientes:

a. *Protagonismo laical.* La forma en que tratan el tema de los laicos representa a mi modo de ver un nuevo avance porque afirman que en esta Nueva Evangelización los fieles laicos están llamados a ocupar un lugar de avanzada, de protagonismo. Y este llamado no es sólo a evangelizar nuestra realidad latinoamericana sino que

se extiende a llevar el mensaje evangélico más allá de nuestras fronteras; fronteras de diversa índole tanto geográfica como ideológica. Se plantea la "buena noticia" que podemos aportar al mundo como una "alternativa de sentido" ante las diversas culturas. Pero se plantea con respeto, como respuesta a sus inquietudes, y no como una imposición desde una posición de poder; es decir, en la forma en que se hacía en la primera Iglesia. Y en esta lógica de centrar la atención en el mundo que hay que evangelizar, puede llegar a desdibujarse la tensión clero-laicos para, juntos, afrontar esos desafíos evangelizadores. Para hacer posible esa nueva forma de evangelizar (Cf. N° 97) proponen el *protagonismo laical*. Vale la pena aclarar el significado de este protagonismo laical. Protagonístico es el que va adelante, el que entabla la lucha y soporta el esfuerzo, el adelantado. Y esta es la realidad en todos los ámbitos de la vida actual donde los cristianos laicos somos los que estamos en las fronteras, somos los adelantados: en la familia y en el trabajo remunerado; en la política, la economía, los gremios los sindicatos y en la vida cultural en sus diversas modalidades, etc.

Para hacer posible un protagonismo laical verdaderamente evangelizador reconocen que "es necesaria una constante promoción del laicado, libre de todo clericalismo y sin reducción a lo intra - eclesial" (97). Esta declaración es importante y novedosa: apunta a un deseo explícito de la jerarquía continental por superar defectos antiguos de un clericalismo tanto jerárquico como laical que producían y producen un infantilismo religioso en los laicos y una des-ubicación existencial en el clero. Pero ¿cómo se hace esto? Me parece que se trata de un largo y desafiante camino para ir implementando día a día, con creatividad y realismo, gestos y actitudes que nos acostumbren a trabajar codo a codo, escuchándonos y confiando en el otro, sintiendo las cosas de la Iglesia y del mundo como "nuestras" y desafiándonos a vivir la comunión en la diversidad de vocaciones. Si esto se llevara a la práctica, cambiaría notablemente el rostro de nuestra Iglesia y su impacto misionero en las estructuras de la sociedad. ¡Qué inmenso desafío!

b. Santidad y formación. Destacan que es "urgente un esfuerzo para favorecer, en el marco de la

comunión eclesial, la búsqueda de santidad de los cristianos laicos y el ejercicio de su misión" (97), porque el llamado a la santidad está dirigido por el Señor a todos los cristianos por igual. Santidad y misión son inseparables y se alimentan mutuamente. La misión santifica y la santidad dinamiza y hace fructificar la misión. Para apoyar esto llaman a implementar los medios adecuados que favorezcan en todos los cristianos laicos una *formación integral*, gradual y permanente. También una auténtica *experiencia de Dios* que es lo único que puede convertirlos en protagonistas de la Nueva Evangelización con la fuerza del Resucitado (Nº 99).

c. Organización laical. Porque consideran muy importante una organización de los fieles laicos que refuerce la vivencia de la Iglesia - Comunión y que lleve a la corresponsabilidad en la Misión, proponen:

- **Consejos Pastorales** que fomenten la participación de los laicos a diversos niveles de la estructura eclesial, que eviten acaparar su acción en el ámbito intra-eclesial y que los impulsen a penetrar los diversos ambientes socio-culturales para ser en ellos protagonistas de la

transformación de la sociedad a la luz del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia (Nº 98)

- **Consejos de Laicos en plena comunión con los pastores y con adecuada autonomía, como lugares de encuentro, diálogo, formación y servicio para que contribuyan al fortalecimiento de la unidad, espiritualidad y organización de un laicado vivo.** En la línea de la Christífideles Laici se recomienda que estos Consejos se establezcan en cada diócesis y en las Conferencias Episcopales y que abarquen tanto a las Asociaciones y Movimientos de laicos como a los laicos que no están integrados en grupos apostólicos (Nº 98). La verdad es que, a pesar de reconocerlos como necesarios en todos los documentos, la implementación de estos Consejos ha sido difícil. En muchas partes sólo están en pañales sin saber mucho qué hacer, en otras se desarticulan permanentemente por falta de interés de la jerarquía, y en otros están prestando muy buenos servicios a la Iglesia local.

d. Asociaciones y Movimientos de laicos. Reconocen que las Asociaciones y Movimientos de

laicos en la Iglesia son un don del Espíritu Santo para que la Iglesia pueda enfrentar en mejor forma los desafíos del mundo actual. Reconocen, con el Concilio Vaticano II y la Christífideles Laici, que estas agrupaciones son legítimas y necesarias para la vida de la Iglesia. Declaran que es importante acompañarlas en un proceso de inculturación más definido en las Iglesias locales y alentarlas a que vivan con un más característico sello latinoamericano. Expresan el deseo de que estén coordinados en la pastoral de conjunto y que respondan a la necesidad de una mayor presencia de la fe en la vida social (Nº 102). Estas orientaciones son sumamente importantes de ser tomadas en cuenta por los Movimientos y Asociaciones de laicos. Cada una de ellas puede abrir caminos hacia una mayor comunión eclesial que revitalice la Iglesia y la haga más santa y misionera.

En la Conferencia de Santo Domingo la Iglesia latinoamericana ha declarado querer iniciar una nueva era bajo "el signo de la esperanza", esperanza que implica apostar activamente por un futuro de vida para las múltiples carencias de nuestros pueblos. Y los



Movimientos y Asociaciones de laicos están invitados por Dios y por los Obispos a trabajar para que esa esperanza se vaya encarnando, se vaya haciendo verdad en la vida; están llamados a ser agentes de evangelización y de encarnación de Jesucristo en todas las patrias del continente y más allá. La invitación es grandiosa, es a convertir la conciencia personal y colectiva de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y esta conversión personal y colectiva es, de hecho, uno de los objetivos propios de las Asociaciones y Movimientos de laicos.

El testimonio apostólico de una Asociación o Movimiento puede ser mucho más visible e influyente a nivel de la sociedad que el de una

persona sola. Y la unión y colaboración de varios Movimientos en una tarea común de bien público podría ser un servicio eclesial de una riqueza extraordinaria. Esto puede tener proyecciones insospechadas para los cambios culturales, sociales y políticos que se desean; para la conversión de los criterios de juicio y de las costumbres colectivas. Los Movimientos y las Asociaciones de laicos pueden llegar a ser un germen riquísimo de evangelización de las culturas e inculturación de la Buena Noticia que es Jesús mismo resucitado, que parece querer seguir extendiendo el Reino del Padre también por nuestro intermedio. Los Obispos señalan que "hay casos en que, a la experiencia de una fe compartida, sigue siempre una necesidad de comunicación cristiana de bienes, primer paso para una economía de solidaridad" (102). ¡Gran desafío para los Movimientos y Asociaciones!

Concluyen que "un laicado bien estructurado y con una formación permanente, maduro y comprometido, es el signo de Iglesias particulares que han tomado muy en serio el compromiso de la Nueva Evangelización" (Nº 103).

5. Iglesia, Comunión para la Misión.

Después del Vaticano II, con su impulso a revitalizar la eclesiología de Comunión en la Iglesia, Pueblo de Dios, el florecer de la conciencia laical ha sido vivida con pasión a nivel mundial. En ocasiones, con tremendas cargas de fuerza afectiva que oscurecían el discernimiento. Con la euforia de los nuevos énfasis ha habido alegría y dolor, ha habido un renacer real pero difícil que pasa por cada corazón, cada parroquia, cada Movimiento o Asociación, cada Diócesis. A muchos cristianos, clérigos y laicos, les ha costado superar antiguos clericalismos y muchos otros, por superarlos en forma simplista, caen en un laicismo que no es sino un clericalismo al revés, donde se establecen distancias y se cavan fosos que nos separan. Muchas veces las frases del tipo "esto les corresponde a los laicos, esto a los curas" expresan como un deseo oculto de perpetuar la

Los Movimientos y las Asociaciones de laicos pueden llegar a ser un germen riquísimo de evangelización de las culturas e inculturación

separación. Se repara más en lo que nos divide que en lo que nos une, con el tremendo costo de disminuir la fuerza de nuestra comunión misionera y dejar al mundo sin la Buena Noticia que Dios mismo confía en nuestras manos.

La sociedad necesita que nuestra palabra esperanzadora brote como respuesta a la realidad que vive el mundo y exprese las necesidades descubiertas, reflexionadas, oradas y discernidas. Para poder decir esa palabra al mundo, al interior de la misma Iglesia los laicos necesitamos oír la voz de nuestros pastores, y los pastores necesitan oír la voz de los laicos, porque el Señor Resucitado y su Espíritu se manifiestan en todos los bautizados. Si de verdad queremos evangelizar al mundo con la Buena Noticia que el Señor nos ha confiado, no acallemos Su voz al interior de nuestra Iglesia al no escucharnos unos a otros en lo que nos compete decir.

La fuerza apostólica de toda la Iglesia depende de la vivencia profunda de la comunión que implica participación, corresponsabilidad, y necesaria autonomía de los laicos en ella. Y para ello es indispensable que

busquemos las estructuras que puedan fomentar una mayor y mejor comunión eclesial. Será necesario llegar a ser, por los lazos de comunión que establezcamos, un lugar entrañable donde se pueda operar una encarnación más visible del Hijo de Dios para salvar al mundo. Y será necesario responder a los llamados del Espíritu dando los pasos que conduzcan a damos un "cuerpo" para servir en un estilo más evangélico.

Será importante reflexionar acerca del papel que podría caberles a diversas posibles estructuras de comunión en el incentivar y potenciar la formación y la misión de todos en la Iglesia, pastores y laicos, que al inter-actuar se evangelizan mutuamente. La vitalidad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo depende de la vitalidad de sus células; la Iglesia, como todo cuerpo social, debe continuamente buscar las estructuras que la ayuden a crecer en comunión y en servicio al mundo. Y en esta búsqueda es muy importante que participemos con convicción todos los que pertenecemos a asociaciones, comunidades, áreas pastorales, etc. Sólo organizándonos en estrecha comunión jerárquica - laicos podremos afrontar las numerosas

necesidades y desafíos que nos presentará el mundo en el futuro. Pero nunca nos olvidemos que la organización sólo ayuda si está al servicio de una mejor y más misionera comunión eclesial; si no es así, ha perdido su sentido.

Las necesidades de organización de los cristianos laicos para llevar adelante la misión, no siempre bien presentadas por el apuro de cambiarlo todo y no siempre bien comprendidas por la jerarquía, han sido también una fuente de roces y dolor. Además, desconfianzas diversas entre los mismos laicos y también entre Asociaciones y Movimientos, han producido resquemores muchas veces causados por quienes creen que la única forma de responder al llamado del Señor es la que ellos sustentan.

Para las Asociaciones y Movimientos laicales, el gran llamado de nuestro Dios y Padre es a evangelizar el milenio que se inicia bajo la conducción de nuestros pastores. Este llamado es hoy, para los Movimientos y Asociaciones laicales de América Latina, nuestra más honda razón de ser, nuestro privilegio, lo que justifica nuestra existencia. Evangelizando nos

evangelizaremos a nosotros mismo porque la fe se fortalece dándola. Y dándola con un estilo de vida evangélico, con la palabra que da razón de nuestra esperanza, con el servicio amoroso e imaginativo que sale al encuentro de las necesidades de las personas y de la sociedad en la que nos toca vivir. Y hacerlo al estilo de Jesús, con una clara opción preferencial por los pobres y al servicio de la vida y la familia.

Respecto al cómo profundizar la comunión misionera en el futuro tenemos hoy en día más preguntas que respuestas. Y tener más preguntas que respuestas es lo normal en un mundo que está cambiando continuamente y en una Iglesia que se siente enviada a llevar buenas noticias a ese mundo. Si las preguntas no brotaran significaría que estamos estancados, cómodos, sin inquietudes. Gracias a Dios no es así y nos planteamos muchas preguntas y, a pesar de nuestras ambigüedades e infidelidades, nos sentimos desafiados a crecer como Cuerpo de Cristo en misión.

Organizarse para vivir mejor la comunión misionera, proclamar el Evangelio y tomar en nuestras manos la responsabilidad que

implica evangelizar las culturas e inculturar el Evangelio, son algunas de las formas en que puede expresarse la corresponsabilidad y autonomía de los laicos asociados en la Iglesia. Así podremos ser protagonistas, es decir, los que están en los puestos de avanzada para llevar el Evangelio a todas las fronteras de la existencia humana y de la sociedad.

En Chile, la Iglesia de Santiago terminó el siglo y el milenio con un Sínodo en el que la presencia laical fue importante y dialogante en todas sus etapas, y donde la responsabilidad que le corresponde al Obispo como garante de la comunión quedó bien destacada. Pienso que fue un serio intento de buscar juntos cómo implementar una comunión para la misión, un serio intento por llegar a ser una Iglesia más coherente con el espíritu del Concilio Vaticano II y, por eso, más dialogante y misionera, tanto al interior de sí misma como con el mundo actual. Y el gran clamor que recogimos fue escuchar las necesidades de los pobres y marginados, no quedarnos cómodos y al abrigo de las formas tradicionales de hacer las cosas sino abrir el corazón con más misericordia a los necesitados de todo tipo. Atrevemos a denunciar

proféticamente las injusticias e inequidades de nuestra sociedad. Y esto con un estilo más evangélico y menos clerical.

Todos los documentos de nuestra jerarquía nos alienta a

considerarnos y a sentirnos Iglesia y a ser responsables de ella. Sin embargo, en el día a día de la colaboración **surgen** tensiones de diverso tipo

Escuchar las necesidades de los pobres y marginados abrir el corazón con más misericordia a los necesitados de todo tipo

que todos percibimos y sufrimos al interior de la Iglesia. Sin duda son dolores de parto para ir dando a luz una Iglesia más evangélica, más acorde con el corazón del Señor. En medio de esas tensiones es importante estar atentos y a la escucha, evaluar y discernir los caminos y las fuerzas de vida y crecimiento que se esconden tras las tensiones. Algunas de esas tensiones son:

- tensiones jerarquía – laicos, que llevan a clericalismos y laicismos
- tensiones hombre – mujer, que llevan a machismos y feminismos

- tensiones por diferentes énfasis eclesiológicos
- tensiones por diferentes enfoques apostólicos
- tensiones entre pastoral territorial y asociaciones laicales
- tensiones entre autoritarismo y responsabilidad compartida.

Es bueno estar concientes de que estas tensiones, y cualesquiera otras que se nos presenten, pueden ser fuerzas de crecimiento si se llevan bien y pueden ser causa de estancamiento y división si se llevan mal. Es importante un serio discernimiento de las fuerzas en juego, y mirarlas con la iluminación del Evangelio y el Magisterio para no dejarse engañar. Es necesario acentuar lo inmenso que nos une: LA MISION EVANGELIZADORA y no dejamos enredar por lo que nos separa. Es importante reconocer que nuestro mensaje siempre será contracultural o no será el mensaje de Cristo y perderá su fuerza profética. Es fundamental dejarnos iluminar por el Espíritu que impulsó a la Iglesia de nuestros tiempos antes, durante y después del Concilio Vaticanos II y que seguirá haciéndolo en el futuro si estamos atentos a sus luces e impulsos. Es importante recordar

que, como Iglesia Comunión para la Misión, estamos enviados a proclamar la Buena Noticia del amor de Dios en Cristo Jesús y a buscar las formas de ir encarnando y haciendo realidad el vivir como hermanos en Cristo e hijos del

mismo Padre Dios; estamos llamados a mostrar una **alternativa de sentido esperanzadora** para la sociedad y el mundo actual.

Josefina Errázuriz



La Iglesia de los Laicos



Introducción:

Mucho se insiste hoy en que la Iglesia de este milenio es la Iglesia de los laicos. Esta afirmación ha sido acuñada por religiosos a partir del magisterio de la Iglesia, y para ellos tiene muchos significados e implicaciones. En este artículo me propongo con humildad y libertad leer esa frase desde mi experiencia laical, la que ha madurado en el contexto vocacional y asociativo de la Comunidad de Vida Cristiana. Digo con humildad y libertad porque no pretendo representar a los laicos ni imponer una particular visión o experiencia, pero deseo que mi aporte fluya desde la experiencia y la reflexión sin inhibiciones metodológicas ni

temores paralizantes. Estoy convencido que un primer significado de la expresión "la Iglesia de los laicos" es precisamente que nosotros, los laicos, encontremos el modo y la oportunidad de expresarnos en la Iglesia, como Iglesia, en cuanto Iglesia confundida, más allá de ella misma y provocada desde la vida misma. Además, asumo que la expresión "los laicos" es muy amplia, que abarca a personas muy diversas, con historias de fe muy distintas. Lo común a todos es el sello cristiano del bautismo, que nos incorpora a la vida pascual y a la misión de Jesucristo por medio de su Iglesia. Lo común a todos, aunque con intensidades diferentes, es también el reconocimiento de Jesucristo como Señor y como Maestro, y un sentido de pertenencia o de vinculación con la Iglesia. La unión con Jesús nace y crece en nosotros por medio de la Iglesia, y la unión con la Iglesia madura y se nutre desde la unión con Jesús. Si a veces nos sentimos alejados o fríos en nuestra relación con la Iglesia, puede ser porque ella no nos ha llevado

suficientemente hacia Jesucristo, y entonces él no nos ha podido volver potenciados hacia su Iglesia. La indisoluble unión de Cristo y la Iglesia no es un discurso, es una tarea que como cristianos vivimos en nuestras luchas y contradicciones, en nuestras rebeldías y búsquedas de fronteras más amplias, en nuestros apostolados. Es también una gracia que vivimos con alegría y plenitud en la liturgia, en la oración, en el misterio.

Jesucristo quiere convocar a todos, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones sociales, para estar con él y trabajar con él

I. El desafío de la inclusión

Iglesia de los laicos quiere decir en algún sentido Iglesia de la inclusión, o Iglesia de la no exclusión. Jesucristo quiere convocar a todos, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones sociales, para estar con él y trabajar con él. La comunión eclesial no puede construirse excluyendo a muchos, o permitiendo que muchos se sientan excluidos. Tenemos que

vivir la Iglesia sorprendida de sí misma, que se reconoce no sólo en los frutos luminosos de santidad, sino sobre todo en las luchas cotidianas de los pobres, de los jóvenes, de las mujeres solas, de las familias en dificultad o quebradas, etc. Los laicos que somos la Iglesia hemos de ser capaces de reconocer y de anunciar a Jesucristo y su evangelio, no como un conjunto de interrupciones, prohibiciones, regulaciones, juicios o marginaciones, sino como una palabra de vida en la situación real que se está viviendo, como una compañía discreta e incondicional. La imagen del buen cristiano – y de la Iglesia – ha de ser menos estereotipada, más dinámica, capaz de buscar lo bueno que hay en las personas, aun en medio de sus situaciones oscuras. Hemos de ser capaces de vivir un mayor pluralismo y una mayor tolerancia en clave positiva, pues mientras más estrecho sea nuestro recinto, más marginalidad estamos produciendo. Creo además que nuestra educación, la educación de Iglesia, ha de ser menos segregada, más plural y vulnerable, y producir frutos de mayor integración social. El evangelio tiene una virtud

incluyente e integradora que hemos de hacer nuestra. Hemos de convencernos que cada uno de nosotros se hace más Iglesia y hace más Iglesia cuando se acerca al distinto, cuando acoge y no juzga. Entre los seres humanos no sirve la imagen de las "manzanas podridas", y entonces hemos de cultivar más la de los "iconos dañados". Hemos de sentirnos felices restaurando en equipo iconos dañados, que tras la degradación producto de muchos avatares esconden una belleza originaria que se puede recuperar con operaciones delicadas y pacientes, pinceladas que vayan quitando el polvo y devolviendo la forma. Al hacerlo, creceremos también nosotros, crecerá la Iglesia y avanzará el reinado de Jesucristo. ¿Qué distinta esta imagen a la de las "manzanas podridas"? Que Dios nos encuentre invitando, incluyendo y

restaurando, y no seleccionando manzanas bonitas y desechando las "feas y podridas". En el pecado no debemos ver sólo al pecador individual, sino también el pecado social y eclesial, al estilo de Ghandi que se castigaba a sí mismo cuando su hijo pecaba. Nuestros actos penitenciales han de dar cuenta de todo lo anterior.

2. El desafío de un cambio de mentalidad o paradigma

Iglesia de los laicos quiere expresar en algún sentido un cambio de dirección y de foco en



el acceso a la verdad, y por lo tanto en el ejercicio del magisterio. La verdad existe, la anhelamos, la

buscamos, no nos satisface un relativismo o un oportunismo que va cambiando la verdad según conveniencia. Necesitamos por lo tanto de un magisterio. Pero, no se trata de que la verdad descienda hacia las personas pesadamente, como predicación excelente, en un movimiento "de arriba hacia abajo" que ellas experimentan en definitiva como presión. Es la persona la que asciende desde su contexto hacia la verdad, atraída por ella y no presionada por ella, en un movimiento "desde abajo hacia arriba", por medio de la experiencia, la reflexión y el acompañamiento. Lo que necesitamos entonces no son buenos predicadores o apologetas, sino buenos compañeros de camino hacia la verdad, incondicionales, empáticos, solidarios.

La estrategia definitiva de Dios no fue la de las tablas de la Ley, entregadas en la cima del monte a un hombre para que las hiciera descender a un pueblo. No, la estrategia definitiva fue la de la encarnación de Dios mismo, para venir a encontrar la experiencia humana y hacerla crecer, hacerla subir al monte de la transfiguración pero no para no quedarse allí. Más aún, la

estrategia fue la muerte total de la palabra y la elocuencia total de la cruz y la resurrección.

3. El desafío de un magisterio laical dialogante y encarnado

Como corolario de lo anterior, Iglesia de los laicos quiere decir surgimiento o reconocimiento de un magisterio laical. No deseo establecer oposiciones entre la jerarquía y el laicado. Simplemente afirmo que los laicos de hecho tenemos nuestro magisterio, que no ignora el de la jerarquía, pero que lo complementa, lo humaniza, lo acerca a la vida, lo ap problema, lo enriquece con consejos sabios que provienen de la vida misma. Alguien podría decirme que también podría degradarlo, diluirlo, confundirlo, etc. Y yo digo sí, puede ser, pero en general en los católicos predominará lo primero, porque nuestro prejuicio será siempre positivo y nuestro esfuerzo será de integración y no de confrontación. Pero, como he dicho antes, la integración no consiste en dejar caer un "ladrillo" filosófico-teológico-espiritual sobre la vida ordinaria, desde arriba hacia abajo, para presionar y oprimir. Consiste más bien en atraer la inteligencia y los

afectos hacia nuevas posibilidades, y esto sólo puede surgir de la experiencia real, del diálogo, de la evaluación de las dificultades, del escuchar las críticas, desde dentro y desde fuera. Quiero compartir un ejemplo que alguna vez viví con mi hijo, tan crítico respecto de la liturgia, los mandamientos, la moral, etc. Le dije: "hijo, la Iglesia necesita un Papa que nos mantenga unidos, que nos gobierne. Necesita un magisterio, que nos oriente y nos haga estudiar y reflexionar sobre asuntos que no son tan sencillos como para que tú los resuelvas solo. Necesita también un papá que ayude a su hijo a comprender, y que sea capaz de decirle 'no te preocupes, tu estás eximido de esto por estas razones'... y la Iglesia son el Papa, el magisterio, el papá y el hijo, ninguno por sí solo. Más aún, el Papa no puede ser papá, y el magisterio de tu papá no quiere prescindir del magisterio de la Iglesia jerárquica... pero tu papá sería muy petulante si quisiera hablarte como el Papa". Así he llegado a decir cosas aparentemente en contradicción con el magisterio tradicional, pero muy necesarias y crecedoras desde el magisterio ordinario de los fieles. Por

ejemplo, para los jóvenes creo que es lícito leer de una manera distinta el precepto del domingo, pues les cuesta mucho ir a misa y aprovecharla. Entonces, yo como papá en la Iglesia, no como oficial de la Iglesia, en vez de ser majadero con "anda a misa el domingo" hasta el punto de crear un conflicto familiar, le digo que "cada vez que vas a misa es domingo, el día del Señor, y ojalá que haya muchos domingos en tu vida". Esto lo cuento no para que todos hagan lo mismo que yo, sino para ilustrar una verdad más honda que cada uno sabe cómo vivir.

Me ayuda a explicarme en este punto una conversación que tuve hace poco con un ingeniero que se tituló hace dos años. Él me dijo que mientras más entraba en los

El Espíritu del Señor está también presente en los laicos cuando nos esforzamos por vivir la vida cristiana, así como lo está en la jerarquía.

asuntos del trabajo, más insuficientes y abstractos le parecían los conocimientos adquiridos en la universidad. Me reconoció que volvía a menudo a temas que alguna vez vio en la

Universidad, pero ahora desde la perspectiva de algún problema real, y que siempre "algo fallaba". Ciertamente dije: ahora eres tú el responsable de resolver estos problemas reales, valiéndote de todos tus conocimientos, pero también de tu creatividad, tu conocimiento de la realidad, tu sentido práctico, juzgando los recursos disponibles, las limitaciones del entorno, y finalmente tomando decisiones. Algo similar ocurre entre el magisterio jerárquico y lo que yo llamo el magisterio laical. No hay oposición, hay complementariedad: se necesitan mutuamente. Esto cobra más fuerza si aceptamos que el Espíritu del Señor está también presente en los laicos cuando nos esforzamos por vivir la vida cristiana, así como lo está en la jerarquía cuando enseña. Además, en general puede afirmarse que ni la jerarquía ni los laicos somos infalibles, que juntos somos menos falibles que separadamente, y que en el fondo es más

importante la fidelidad que la infalibilidad.

4. El desafío de un mayor protagonismo de los laicos en la Iglesia

Iglesia de los laicos quiere decir que la Iglesia es también un campo de acción de los laicos. A menudo se subraya el rol del laico fuera de la Iglesia, en el mundo, cosa que no es poco importante y que desarrollo en mi próximo artículo. Pero, puede haber algo de tentación bajo capa de bien en esto de enfatizar el rol del laico en el mundo. En efecto, exagerando podría llegar a decirse que a los



laicos toca el mundo y a los religiosos la Iglesia, y ya hemos venido dejando en evidencia el importante rol del laicado en la Iglesia, para no hablar del aporte que los religiosos hacen en el mundo.

Surge así el tema del protagonismo de los laicos en la Iglesia, que es Misterio, Comunión y Misión. Aparte de nuestra irrenunciable participación en la misión de la Iglesia hacia el mundo, hay una responsabilidad grave, ineludible e inevitable de los laicos en la comunión eclesial. Por eso el título tan largo de la exhortación post-sinodal sobre "La vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el Mundo". Nos corresponde trabajar para una Iglesia más fiel a su fundador, aportando nuestra parte de magisterio, nuestro estilo de vida sencillo, nuestro profetismo, nuestra realeza y nuestro sacerdocio al interior de la Iglesia. Nos corresponde ayudar a construir una iglesia participativa, dialogante en su interior, con espacios para que se manifieste la riqueza que el Espíritu del Señor nos concede a nosotros los laicos. Nos concierne traer de vuelta a la Iglesia las críticas que recibimos, junto con las dificultades y

contradicciones que experimentamos en nuestro contacto con los no creyentes, con los alejados, con los jóvenes, con los marginados. Es preciso que los pastores vean en los laicos a adultos en la fe, cuya participación en la Iglesia no consiste solamente en participar de la catequesis o la liturgia, como receptores o como monitores. Y debemos entender que de esta adultez y protagonismo que vivamos al interior de la Iglesia dependerá en gran parte nuestra credibilidad ante el mundo, en el que vivimos nuestra peculiar inserción como cristianos laicos: no podemos testimoniar en el mundo asuntos que evadimos o postergamos en la Iglesia. Todo esto supone no sólo crear nuevos espacios y nuevos estilos de gestión y animación en la Iglesia, sino sobre todo supone que los laicos asumamos nuestra adultez y protagonismo en ella, dedicando energías, esfuerzos, talentos, recursos, etc. No obstante, todo lo anterior no puede ser analizado ni vivido desde una postura adolescente de autoafirmación o desde una posición social de reivindicación. Todo esto surge del amor a la Iglesia, a la que vemos indisolublemente ligada a

Jesucristo. No hay prisas destructivas, sino sentido de proceso, de crecimiento en Cristo. Y bien sabemos que los tiempos de la Iglesia son lentos, y que no dependen sólo de nosotros. Muy ligados al corazón de la Iglesia, los laicos hemos de salir a caminar para explorar sus fronteras, y abrirnos a nuevas posibilidades. También hemos de aportar nuestros sueños para nuestra Iglesia y trabajar dentro

de ella para irlos cristalizando. En parte lo hacemos en algunas de nuestras asociaciones y en algunas parroquias, pero ellas también han de ser objeto de discernimiento permanente para que sean genuinas expresiones del Espíritu del Señor en la Iglesia, con suficientes vasos comunicantes con el tejido más amplio de la Iglesia.

José Reyes

Ayudantes de Cristo, Compañeros de Trabajo y Adultos en la Iglesia

Somos laicos cristianos los que estamos en la Iglesia de Jesucristo tratando de compartir su misión. Somos laicos no sólo porque tenemos una relación con Jesucristo, sino porque tenemos una relación con la Iglesia, y porque la calidad de nuestra presencia en el mundo está marcada por esta doble relación.

La relación con Jesucristo

Los laicos somos antes que nada socios, amigos, ayudantes, compañeros de Jesús. En palabras de San Pablo podríamos ponerlo así: "Ustedes deben considerarse simplemente como ayudantes de Cristo, encargados de enseñar los secretos del plan de Dios" (1 Cor 4, 1). O en otra expresión paulina complementaria podríamos decir que "somos compañeros de trabajo al servicio de Dios" (1 Cor 3, 9).

Los laicos cristianos somos discípulos de Cristo, ávidos de

estar con él, contemplarlo, escucharlo, comprender su mensaje, extenderlo por todas partes. Queremos ser sus ayudantes – ayudar a las ánimas diría San Ignacio – para que muchos, incluidos nosotros mismos, vayamos conociendo y adentrándose en esos "secretos del plan de Dios". Así, nos animamos a enseñar a otros: a nuestros hijos, a nuestros amigos, colegas, correligionarios, socios, jefes, subordinados, pacientes, clientes, etc. Lo hacemos con gestos, con nuestro estilo de vida, con palabras discretas. Con Jesús, vamos aprendiendo que los secretos de Dios no se enseñan en el vacío, sino a personas concretas en el marco de encuentros o ambientes significativos, a partir de la realidad dinámica y compleja. Jesús sabe que con el tiempo se acumula una rica tradición que incluye los más puros secretos de Dios, pero sabe también que con el tiempo se acumula basura, adornos innecesarios, extensiones inútiles.

Ustedes deben considerarse simplemente como ayudantes de Cristo, encargados de enseñar los secretos del plan de Dios

Por eso su enseñanza y su estilo son muy sobrios, elementales, discretos, libres. Los laicos, si queremos ser sus ayudantes, hemos de practicar su estilo: no dar largas cátedras, acompañar a personas reales en sus contextos reales. Hemos de contemplar a Jesús que no eludió ninguna realidad humana y participó libremente en fiestas, banquetes, caminatas, viajes, entierros, polémicas, ayunos, ceremonias y muchos otros escenarios, mezclándose con todo tipo de personas, incluso más allá de la lógica de la época, con preferencia por los más necesitados. Para quienes somos profesores, la palabra "ayudante" que usa San Pablo tiene un significado muy preciso: se trata de ilustrar y poner al alcance del que aprende la verdad compleja que enseña el maestro. Para Ignacio de Loyola, "ayudar a las ánimas" era ayudar a las personas concretas en su camino hacia Dios. En fin, me agrada esta definición paulina, que yo aplico a los laicos, de ser "simplemente ayudantes de Cristo", sabiendo que él es el maestro, él es quien convierte los corazones, y no nosotros.

Tomando la otra frase de San Pablo citada al inicio, podemos decir que los laicos cristianos

somos también apóstoles: caminamos con Jesucristo por modernas "sinagogas, villas y castillos" (EE 91), como "compañeros de trabajo al servicio de Dios". En lenguaje de hoy diríamos que caminamos con Jesús en medio de los "asuntos temporales" (LG 31) y en medio de la comunidad eclesial (LG 32). En efecto, Jesús caminó por villas



y castillos – hoy diríamos por ciudades, barrios y poblaciones, centros comerciales, ambientes laborales, cívicos, etc - y no dejaba indiferente a quienes se encontraban con él. Y también entró en las sinagogas y en las estructuras religiosas de su época, se relacionó con las autoridades y las costumbres religiosas, y

tampoco en esta esfera dejó él indiferente a nadie. El gran aporte de Jesús es transformar a las personas, sanar sus heridas de todo tipo, cambiarles el foco de atención, ponerlas en movimiento, hacerlas crecer.

Nosotros, los laicos cristianos de hoy queremos ser sus compañeros en eso de sanar, dar sentido, escuchar al pobre, liberar de ataduras, provocar internamente a las personas, interpelar a las autoridades civiles y religiosas, etc. Y, en

particular cuando lo contemplamos en cruz, muriendo por darnos vida y llevando al extremo su misión de servir, con reverencia y humildad aceptamos que en esta identidad que él nos da hay algo de locura o tontería (1 Cor 1, 18-21) que estamos llamados a compartir.

La relación con la Iglesia

En este caminar nos hermanamos y nos hacemos Iglesia. De nuevo con San Pablo, podríamos decir que los laicos somos "los que en Cristo Jesús hemos sido consagrados a Dios y llamados a formar parte de su Pueblo, junto con todos los que en todas partes invocan el nombre

de nuestro Señor Jesucristo, Señor nuestro y de ellos" (1 Cor. 1, 2). Por el bautismo hemos sido incorporados al misterio de la vida de Jesucristo, que es pascual, y de su Iglesia, que también lo es. Por



la confirmación hemos sido potenciados por el Espíritu para participar más plena y conscientemente en la comunión misionera, que es la Iglesia de Cristo, continuadora de su misión. Por experiencia, sabemos que no siempre nos es fácil y gratificante estar en la Iglesia, amarla, respetarla y servirla. Incluso vemos que muchos tienden a repetir la frase que ha tentado a tantos cristianos modernos: "Cristo sí, Iglesia no". O a seguir la lógica del admirable autor italiano Ignacio Silone, que se definió como "*un comunista senza partito, un cristiano senza chiesa*".

Los laicos católicos somos quienes tenemos conciencia, deseo y voluntad de pertenecer a la Iglesia, junto con la jerarquía, con los ministros ordenados, los religiosos y religiosas, junto con los que nos han precedido, con los santos y santas, incluyendo a muchos desconocidos que misteriosamente están con nosotros en la Iglesia y a otros que nos incomodan o escandalizan. Esta conciencia, deseo y voluntad son fruto de la acción del Espíritu, que nos ha permitido ver y querer esa indisoluble unión que hay entre Cristo y su Iglesia. Ampliamos así nuestra perspectiva, y junto con la imagen amplia e inclusiva del pueblo, que es la que más nos atrae, sabemos también que somos cuerpo, que somos estructura, que tenemos jerarquía, magisterio, diversidad de carismas y ministerios, etc. Sabemos que no tiene la misma autoridad una afirmación conciliar que una opinión espontánea vertida por alguno de nosotros. Amamos al Papa, nos conmovemos en la liturgia y ante algunas devociones tradicionales. Siguiendo los consejos de Ignacio y aunque no vaya con nuestra sensibilidad cultural o con nuestras preferencias personales, "alabamos procesiones, reliquias, ceremonias, etc." (EE.EF. 354 y ss.).

Todo esto no niega que los laicos somos también quienes más "sufrimos" a la Iglesia. Nos rehusamos a quedarnos como niños que no crecen ante una madre que no envejece. Con una confianza básica que es la base de nuestra salud espiritual, nos relacionamos con la Santa Madre Iglesia como un niño que crece y llega a ser adulto, y sabemos que la madre necesita cada vez más de sus hijos para vivir y satisfacer sus necesidades. Al inicio, en nuestra niñez espiritual, escuchamos y creemos, acogemos y no dudamos. Pero a los laicos confirmados no nos basta – y hasta nos molesta – quedarnos escuchando el catecismo y las prédicas. Reclamamos el derecho a nuestra adolescencia, que se rebela y se desequilibra, que tiende a alejarse de las seguridades infantiles para salir a explorar con riesgo nuevos horizontes y posibilidades. Reclamamos el derecho adolescente de tener ante nuestra madre una inteligencia que se resiste, una afectividad que se desordena, una emotividad que se aburre, una sensibilidad que se espanta, una estética insatisfecha. Y nos llega así el momento y el derecho a la adultez, capaz de equilibrar las tensiones adolescentes porque se han vivido en plenitud y se han encontrado sus

límites, capaz de amar a su madre aun habiendo tomado conciencia de ciertas contradicciones, exageraciones, autoritarismos, dogmatismos, etc.; capaz de ser autónomo en las decisiones sobre la propia vida, sin separarse de lo fundamental y reconciliado profundamente con la historia y con el proceso vivido; capaz, en definitiva, de proclamar con San Pablo que "para que seamos libres nos liberó Cristo" (Gal 5, 1).

Y la madre rejuvenecerá, se regocijará y hasta se maravillará al ver a sus hijos adultos que la quieren, la respetan, la cuidan, la sirven, le piden consejo, le

preguntan por la historia y por los orígenes, la escuchan. Será feliz de ver los frutos increíbles y a veces inesperados o no convencionales de sus hijos, y de reconocer en ellos las mismas semillas, las mismas raíces, y sobre todo, el mismo alfarero y el mismo maestro.

Y respecto del lado feo, del pecado de la madre y de los hijos, surgirá espontáneo e incesante el perdón recíproco, la acogida, el sano realismo matizado con algo de humor, la humildad y transparencia necesarias para ser creíbles ante nosotros mismos y ante el mundo.

José Reyes



La Misión de los laicos Una contribución desde CVX



En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia¹. Hay un punto de partida y un fundamento que es el bautismo, que nos inserta en la vida de Cristo y nos hace partícipes de su misión. Pero, todos sabemos, el bautismo lo recibimos hoy incondicionalmente, la mayoría de las veces en nuestra primera infancia, y lo vamos realizando después en la catequesis, en la vida cristiana, en otros sacramentos más propios de la adultez, particularmente en la confirmación, que es el sacramento de la misión y del envío. Los

En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es corresponsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia

laicos, así conscientes y comprometidos con la misión de la Iglesia, y potenciados por el Espíritu Santo para participar plenamente en ella, necesitamos una reflexión continua acerca de cómo vivimos nuestra vocación misionera o apostólica, y necesitamos también encontrar ayudas y modos para colaborar entre nosotros y con los ministros ordenados, religiosos y religiosas.

En esta línea se han escrito los Principios Generales de la CVX, en particular el N^o 8, que contienen una buena síntesis y proyección de lo que el Concilio Vaticano II enseña en torno al apostolado de los laicos. Seguir ese texto, aunque está escrito en el seno de una comunidad particular como muchos textos de la Iglesia, puede ayudar a todos los laicos en general, y en especial a los que siguen el camino ignaciano. Puede ayudar también a la jerarquía y a los religiosos a comprender una aproximación

¹ Christifidelis Laici, 15.2

laical al tema de la misión. Sigamos entonces el Principio General Nº 8, enriqueciéndolo con elementos pedagógicos y orientaciones discernidas en los últimos años.

1. Compartimos en la Iglesia la misión de Jesucristo

Nuestra misión es la misión de Jesucristo, de la que él mismo nos hace partícipes. Se trata de hacer circular buenas noticias, de anunciar la libertad, de liberar de ataduras y cegueras, de proclamar el amor de Dios que

todo lo llena con su gracia. Y se trata de hacerlo entre los hombres y mujeres de hoy, con nuestra vida, preferencialmente entre los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos. Cristo nos da la misión, de él la recibimos, somos primordialmente sus testigos, y no propagandistas o activistas de un proyecto propio. Pero, no podemos "ponernos" la misión de Jesucristo



en forma triunfal y poderosa. No, Jesucristo entra en nuestras vidas para inspirarla en forma permanente². Nuestra vida será aposiólica si es que "encuentra su inspiración permanente en el Evangelio de Cristo pobre y humilde"³.

Toda esta dinámica de conocer y amar a Jesucristo, para recibir de él su misión y compartir sus opciones radicales, la vivimos como pueblo de iguales, como Iglesia. No es que lo vivamos "en la Iglesia" sino "como Iglesia", haciéndonos pueblo, haciéndonos Iglesia en este caminar. La comunión y la misión son inseparables, como en nuestra espiritualidad lo son la contemplación y la acción. Los laicos vivimos entonces nuestra misión "como miembros del Pueblo de Dios en camino"⁴, es decir, con otros y en un proceso nunca acabado, un proceso o camino que tiene inflexiones, combates, cansancios, éxitos y caídas, en cuatro "semanas" que van y vuelven con sus gracias.

² Este tema lo desarrollo más en mi artículo "Ser Laico: Vocación y Misión, Intimidad y Extroversión".

³ Principios Generales CVX, nº 8.

⁴ ibidem

Una preocupación central que tenemos es que nuestra unión con Cristo y su misión nos constituya como Pueblo y no nos separe de otros hombres y mujeres, sino que más allá de nuestros límites y estatutos nos dispongan a *"colaborar con iniciativas que trabajen por la unidad de los cristianos"* y a aportar *"nuestra presencia activa en organizaciones y esfuerzos seculares o religiosos ya existentes"*⁵, unidos con muchos líderes, siguiendo al Espíritu del Señor.

2. No hay límites ni parcelas

El campo de nuestra misión no tiene límites, no nos confina a determinados ámbitos o segmentos. Así, podemos actuar en la Iglesia y en el mundo, concientes incluso que los límites no son tan precisos y que hoy estamos cada vez más implicados en nuestras identidades y relaciones. Puede haber algo de tentación bajo capa de bien en lo de enfatizar el rol del laico en el mundo. Los obispos que constituyeron el Sínodo sobre los laicos reiteraron que "el campo

propio de su actividad evangelizadora es el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento"⁶. Pero, sería un error confinar estos temas al ámbito del mundo, puesto que están muy presentes también en la Iglesia. Piénsese como en la Iglesia tenemos graves problemas y grandes experiencias en torno al uso del dinero o del poder, a la vida internacional, a la educación, etc. Es un hecho que las categorías de Iglesia y Mundo, si bien son distintas y no pueden reducirse una a otra, tienen límites difusos y territorios compartidos. La familia, por ejemplo, es la Iglesia doméstica... y al mismo tiempo es la célula básica de la sociedad civil. Un Colegio católico es una comunidad de Iglesia, pero es también una unidad económica

⁵ *ibidem*.

⁶ *ibidem*.

inserta en el mercado. Un laico rector de una Universidad Pontificia es un oficial de la Iglesia, mucho más que un sacerdote que enseñe economía en una Universidad privada. Entonces, las afirmaciones conciliares en el sentido que "a los laicos pertenece por propia vocación buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales", o que "el carácter secular es propio y peculiar de los laicos"⁷ (LG 31), pueden y deben ser matizadas y completadas con otras afirmaciones tales como: "cuanto se ha dicho del Pueblo de Dios se dirige por igual a los laicos, religiosos y clérigos", o bien: "los sagrados pastores conocen muy bien la importancia de la contribución de los laicos al bien de toda la Iglesia"⁸.

Tampoco sirven otras dicotomías tales como si servir a las personas o transformar las estructuras. Hemos de vernos como ayudantes de Cristo en todo esto, según talentos y discernimiento, colaborando con otros y sabiendo que nuestra acción no es definitiva,

pues es el Señor el que convierte y el que finalmente multiplica nuestros esfuerzos y los consume. La acción apostólica de los laicos lleva implícita una dinámica de interpelación recíproca entre la Iglesia y la sociedad, entre las relaciones personales y la vida social, entre la ciencia y el discernimiento. Lo propio de la vida laical es la integración de elementos y ambientes diversos, un cierto bilingüismo que poseemos al hablar el lenguaje de la fe y el de la ciencia, o el lenguaje del espíritu y el de la sociedad real, concreta y material.

3. Hay una dimensión individual irrenunciable

Vivimos nuestra misión primero que nada en lo que cada uno de nosotros es y hace con y para los demás, en sus ambientes cotidianos y ordinarios. Cristo llama a cada uno de nosotros en forma personal, y nuestra respuesta - aunque mediada y potenciada por la comunidad - es siempre personal, como lo es en última instancia nuestro proceso de crecimiento y nuestra vocación.

⁷ Lumen Gentium, 31

⁸ Lumen Gentium, 30

Todos somos individualmente servidores ("ministros") de la misión de Cristo. Genéricamente, la palabra "ministerio" quiere decir servicio, y por tanto podría aplicarse ampliamente a lo que los cristianos hacemos en favor de otros, al interior de la comunidad eclesial o fuera de ella, movidos por nuestro sentido de corresponsabilidad en la misión de la Iglesia. Pero, es un error hablar sólo del hacer, porque en definitiva se trata de la calidad de nuestra presencia y no sólo de nuestra acción. En la familia, por ejemplo, podríamos vivir el hecho de ser padres como un ministerio, o sea como un servicio a la misión de Cristo, y esto no tendrá sólo que ver con lo que hacemos como padres, sino con la entera calidad de nuestra presencia y actitud en la familia, incluyendo a veces lo que hacemos, o incluso a pesar de lo que hacemos (o dejamos de hacer). En educación, se suele hablar del "ministerio de la enseñanza", lo que naturalmente tiene más que ver con la cualidad y la conciencia del educador más que con su tarea específica, la que es más bien instrumental. Análogamente, podríamos decir que en la Iglesia

hemos de desarrollar más la calidad de nuestra presencia, y no sólo lo que hacemos, lo que podemos hacer o lo que nos está permitido o encomendado. Así, nuestra vida personal es esencialmente apostólica, aun en sus más humildes y cotidianas expresiones.

Esta dimensión personal de la misión es indispensable, es la condición básica para extender el Evangelio y para la credibilidad de los cristianos.

Nuestra vida personal es esencialmente apostólica, aun en sus más humildes y cotidianas expresiones

4. Hay una llamada a la acción concertada u colaboración

Además de esta dimensión individual de nuestra misión, estamos llamados a ejercer "*un apostolado organizado o grupal*"⁹. Esto es especialmente válido hoy día, por la complejidad del mundo en que vivimos y de los problemas que enfrentamos, y por la sensación de impotencia que a menudo acompaña a nuestros

⁹ Principios Generales CVX, nº 8

esfuerzos individuales. Pero no se trata sólo de lograr una mayor eficiencia, sino de actuar lo más propio de nuestro ser Iglesia. La Iglesia – la comunidad – se constituye y se expresa en el apostolado asociado, se hace visible, creíble y atractiva para otros, se constituye en esa comunión misionera a la que nos convoca Cristo, en ese sacramento o signo que deseamos ser. Es algo que puede parecer obvio, pero que sin embargo es difícil, porque el apostolado organizado supone concertación con otros, estructuras, obras de largo plazo, perseverancias más allá de nuestros momentos personales, una cierta institucionalidad, modos de participación en el discernimiento apostólico, etc. Los laicos que participamos en asociaciones pretendemos desarrollar por medio de ellas esta dimensión cooperativa y organizada de nuestra misión, *"en una gran variedad de formas"*¹⁰. Pero, admitimos que no todos están llamados a la vida asociativa. Hay dos grandes modos de apostolado asociado: *"iniciar y sostener"*¹¹ acciones corporativas

propias, o sumar *"nuestra presencia activa en organizaciones y esfuerzos seculares o religiosos ya existentes"*¹². En el primer caso aportaremos nuestro liderazgo, asumiremos como comunidad la responsabilidad última de las obras o iniciativas, las *"estructuras adecuadas"*¹³ para garantizar su proyección en el tiempo, el discernimiento continuo, la sostenibilidad, la fidelidad a los valores y criterios apostólicos originales. En el segundo caso, aportaremos más bien nuestra capacidad de trabajo, nuestro tiempo y espíritu apostólico, pero sin llegar a tener la responsabilidad última. En ambos casos puede tratarse de apostolado asociado si es que deliberadamente se busca la concertación o colaboración con otros, y las personas se disponen a una suerte de "obediencia" laical, que no es obediencia canónica a un superior, sino fidelidad y perseverancia en una vida apostólica que no comienza ni termina en uno mismo, sino que se vive en un cuerpo apostólico que tiene que decir algo en mi vida.

¹⁰ *ibidem*

¹¹ *ibidem*

¹² *ibidem*

¹³ *ibidem*

5. Hay prioridades y orientaciones apostólicas, una misión compartida

A estas alturas podemos volver por un momento a la pregunta acerca de cuál es el ámbito de nuestra misión como laicos. Al inicio hemos dicho que no hay fronteras ni límites, y lo seguimos afirmando. Ahora sin embargo, tras mostrar que la dimensión individual se prolonga en la acción concertada y poco antes de profundizar en el significado de ser una comunidad apostólica, podemos afirmar que sí pueden existir "prioridades y orientaciones apostólicas" en el seno de una comunidad cristiana. En el caso de CVX, ya los Principios Generales introducen algunas prioridades, aunque algunos delegados de la Asamblea que los aprobó hubieran preferido dejar frases más abiertas, sin especificaciones. Así, se formula derechamente la prioridad u orientación de "*proclamar la Palabra de Dios a todas las personas, y trabajar en la reforma de las estructuras de la sociedad tomando parte en los esfuerzos de liberación de quienes son víctimas*

de toda clase de discriminación y, en particular, en la supresión de diferencias entre ricos y pobres. Queremos contribuir desde dentro a la evangelización de las culturas"¹⁴ (PG8). Pero aun más, hay que decir que incluso antes de referirse específicamente al tema de la misión, los Principios Generales CVX, junto con insistir en la libertad del Espíritu, en la novedad permanente, en la singularidad de cada vocación, sugieren ámbitos de misión que algunos también hubieran preferido omitir, no por poco importantes, sino para dejar abierto el campo de la misión. Se trata del "*progreso y la paz, la justicia y la caridad, la libertad y la dignidad de todos*"¹⁵. Naturalmente no se trata de declaraciones excluyentes o taxativas, sino de orientaciones apostólicas para la comunidad y para las personas. Con razón y a partir de la experiencia vivida, la misma comunidad se preguntaría 8 años después (Itaici 1998) por "la misión común". Algunos objetaban la pregunta puesta, es decir, cuestionaban la posibilidad misma de que una comunidad universal pudiere llegar a formular una

¹⁴ *ibidem*

¹⁵ Principios Generales CVX, nº 2

misión común. Y sin embargo, había en la comunidad un movimiento del Espíritu que le pedía este paso y la animaba a discernir en el nivel universal o mundial una llamada común. No sabíamos lo que saldría, y si sabíamos que podríamos entrar en crisis y llegar a la conclusión que no era posible una orientación apostólica común. Entramos en el proceso de preparación, y durante la Asamblea fue emergiendo una línea que llegó a perfilarse como "nuestra misión común"¹⁶. Pero, ¿cómo se formula una misión común para una comunidad universal? El Espíritu permitió que ésta se expresara en "tres áreas de misión y un conjunto de medios necesarios para realizarla"¹⁷. Al hacer mi propia síntesis y con propósitos pedagógicos, he preferido hablar de *prioridades, opciones, líneas de acción y ámbitos de acción*. Un cuadro sintético anexo al final de este artículo muestra como estas 4 componentes arman una misión

compartida, de la que somos corresponsables, sin atropellar las individualidades y las diversas culturas. Así como los jesuitas dijeron una vez que su misión era "el servicio de la fe y la promoción de la justicia", esta comunidad mundial de laicos ignacianos se expresó así:

- Deseamos traer a nuestra realidad social el poder liberador de Jesucristo
- Deseamos encontrar a Jesucristo en toda la variedad de culturas, permitiendo que su gracia ilumine todo lo que necesita transformación.



- Deseamos vivir unidos a Jesucristo para que él pueda

¹⁶ Puede ser útil ver el informe completo de la Asamblea en *Progresión*, N° 1-2-3-4 de 1998, "Nuestra Misión Común".

¹⁷ Cfr. *Ibid.*, pg. 131

entrar en todos los aspectos de nuestra vida ordinaria en el mundo.

Es impresionante la similitud con lo expresado en los Principios Generales que ya hemos comentado antes, y la amplia capacidad de convocar y de suscitar movimiento que tienen estas 3 prioridades apostólicas que constituyen nuestra misión común. En otro artículo ofrezco una ampliación de la primera prioridad, desarrollando a partir de ella un estilo de vida laical fundado en opciones apostólicas¹⁸. Entonces, tanto la dimensión individual como la dimensión asociativa de la misión de los laicos cristianos se ven provocadas, potenciadas y orientadas por esta misión común, que nos constituye además como comunidad apostólica en la Iglesia.

6. Hay una función en la comunidad

Llegamos así al tema de la Comunidad Apostólica. La

dimensión individual del apostolado como resultado de nuestra unión con Cristo nos constituye en apóstoles. Si además participamos de una comunidad de fe en la que encontramos motivación y fortalecimiento para nuestro apostolado individual, estamos siendo parte de una "comunidad de apóstoles". Si dejamos que esa comunidad "nos urja"¹⁹ y "nos ayude"²⁰, y nos involucramos en ella "para vivir este compromiso apostólico en sus diversas dimensiones, y para abrirnos a las llamadas más urgentes y universales"²¹, con una conciencia y una voluntad de corresponsabilidad en una misión compartida o "común", entonces estamos siendo una comunidad apostólica. Los medios clásicos como son "la revisión de vida en común y el discernimiento personal y comunitario"²² irán adquiriendo mayor significación y profundidad, hasta hacemos entrar en un proceso en el que la comunidad en sus distintos niveles cumple las funciones de discernir -

¹⁸ Profetas de la Esperanza y la Justicia: Una mirada a la misión de los laicos cristianos, en esta misma serie.

¹⁹ Principios Generales CVX, n° 8, letra d

²⁰ ibidem, letra c

²¹ ibidem

²² ibidem

enviar – apoyar – evaluar. Hoy hemos descubierto que estas cuatro funciones son las que confieren identidad y gravitación a la comunidad apostólica.

Cuando una asamblea mundial de delegados de 60 países llega a formular la misión común, es la comunidad que en su nivel mundial está cumpliendo la función de discernir. Cuando un pequeño grupo de cristianos en una ciudad específica se da tiempo para que cada persona cuente lo que está haciendo, cómo lo está haciendo, qué dificultades encuentra, entonces tenemos a la misma comunidad mundial, ahora viva en el nivel local, cumpliendo la función de apoyar y evaluar. Cuando en un país se selecciona una obra o un lugar apostólico, propio o ajeno, y se pide formalmente a varias personas que dediquen tiempo y energías en forma sistemática a esa obra o lugar, es la misma comunidad en el nivel nacional que está cumpliendo la función de enviar. Cuando después de una revisión de vida en comunidad un joven se siente confirmado en sus opciones y estilo de vida y entusiasmado para

progresar y crecer, es la comunidad en su nivel local que está enviando a ese joven a vivir esas opciones en ese estilo. En un cuadro sintético recientemente publicado en PROGRESSIO²³ se sugieren distintos modos en los cuales la comunidad, en sus distintos niveles, cumple estas 4 funciones de discernir – enviar – apoyar – evaluar, para vivir la misión común e insertarse en la Iglesia con corazón y método.

Al hablar de la dimensión individual del apostolado he dicho que la expresión “ministerio” significa “servicio”. Ahora, al hablar de la función de la comunidad desde la perspectiva de una misión común, recuerdo que la expresión “ministerio” conlleva también la idea de un “encargo” que se recibe de alguien que lo confiere, con cierta formalidad, estabilidad y ritualidad. Los miembros de CVX no hemos de tener problema en decir que la autoridad eclesial que nos envía es la Comunidad Mundial de Vida Cristiana²⁴ por medio de sus estructuras e inserta adecuadamente en la Iglesia en los distintos niveles.

²³ *Progressio* Nº 2, 2004, “El Polinomio Apostólico de la CVX”.

²⁴ Estoy parafraseando la Norma General 32, que se refiere a la autoridad que aprueba oficialmente una comunidad nacional.

7. El reto y las novedades de la colaboración, en especial con la Compañía de Jesús

Una lectura crítica podría ver en todo lo dicho una cierta presunción o autosuficiencia. Nada más lejos de la intención de quien escribe y de la comunidad que lo nutre e inspira. Lo mismo que se ha dicho sobre la dimensión individual y la dimensión comunitaria de la misión de los laicos, ha de decirse analógicamente tomando a una particular comunidad como individuo en relación con la Iglesia como comunidad universal. Así como es indispensable una relación personal con Jesucristo y una

Los laicos deseamos participar del discernimiento de la misión en la Iglesia, junto con otros

dimensión de apostolado individual, así también es indispensable que una comunidad singular tenga su vida

asociativa y sus compromisos propios. Así como los individuos se asocian por afinidad espiritual para expresar mejor la realidad de la Iglesia como cuerpo de Cristo y para ser más eficientes en la misión, así también las comunidades que tienen afinidad espiritual han de asociarse para ser

y hacer más Iglesia y para ser más eficientes en el servicio. Como antes, esto que parece obvio no es tan fácil. Se tocan tangencialmente temas delicados, como el de la autoridad y el poder en la Iglesia, el de la tensión entre la comunión misionera y la comunión "orgánica", el de la colaboración al interior de la Iglesia entre los distintos carismas. Los laicos deseamos participar del discernimiento de la misión en la Iglesia, junto con otros, y también asumir las consecuencias de ese discernimiento en términos de recibir encargos o envíos de parte de la comunidad apostólica en sus múltiples formas. Lo uno no funciona sin lo otro, y hemos de avanzar en esto.

En lo particular, a nosotros nos interesa mucho la relación con la Compañía de Jesús. Es una cuestión de lealtad, coherencia, cariño, eficacia, vinculada a lo mejor de nuestra tradición compartida. Es un asunto de Iglesia, del aporte que hacemos al Cuerpo de Cristo desde la gracia específica que compartimos: la dinámica de los Ejercicios Espirituales. Hay muchas formas en que esta colaboración puede ocurrir y desarrollarse, y las estamos aprendiendo en la

experiencia. En algunas partes, la Compañía de Jesús está hablando de un "nuevo sujeto apostólico", para referirse a lo que podría resultar de tomarse en serio el tema de la colaboración. Aunque no está bien definido el término, se trataría para algunos laicos - los convocados - de un nuevo referente que de alguna manera reuniría a los laicos con la Compañía, desde la misión y la planificación apostólica de la Compañía, cumpliéndose allí las funciones de discernimiento, envío, apoyo y evaluación. Sabemos, por lo que hemos desarrollado en este artículo y en otros de esta misma serie, que la misión de los laicos ignacianos individuales o de la Comunidad Ignaciana CVX no puede definirse por medio ni en función de la misión de la Compañía de Jesús. No obstante, por nuestra identidad compartida y porque creemos en la colaboración, estamos llamados a participar como comunidad con lucidez y generosidad para construir y desarrollar este nuevo referente en el marco de la misión de la Iglesia de la que todos participamos. En la práctica, ha tendido a predominar una participación más bien individual de laicos - algunos miembros CVX - que

encuentran aquí una posibilidad de potenciar y llenar de significado su vinculación laboral o voluntaria en alguna obra apostólica de la Compañía. También en forma individual, algunos laicos seleccionados por la Compañía están vinculándose en forma más estrecha - aun jurídica - con ella, llegando a un estado en que sin pertenecer a ella son acogidos en manera especial y se ofrecen para recibir encargo de sus superiores. Otros laicos que ejercen su apostolado fuera del ámbito de las obras propiamente ignacianas y sin ser miembros de una comunidad particular, pueden recibir apoyo, inspiración y aun envío de este nuevo referente. Muchos de estos laicos son miembros de la Comunidad de Vida Cristiana, pero su membresía adquiere nuevos matices que todavía no logramos conceptualizar y asumir bien, pero que a mi juicio para la CVX están previstos en sus Principios y Normas Generales. Ellos mismos han de ir aportando su experiencia de miembros CVX en estas nuevas posibilidades, aunque hay que reconocer que para algunos esto está significando el fin de su pertenencia a la CVX. Generalizando este movimiento, podríamos decir que de una manera

nueva y distinta, promisoría diría yo si es que lo hacemos con madurez, se vuelve a poner el acento y el liderazgo en las comunidades religiosas, que son las que en último término gobiernan y desarrollan la mayor parte de las iniciativas y toman la mayor parte de las decisiones, y se ve a los laicos en relación con ellas, no necesariamente agrupados entre sí, o agrupados funcionalmente en torno a obras o secciones apostólicas. Es el nuevo concepto de Red, tan propio de nuestros últimos tiempos. Un concepto potente, que con topologías diversas asocia a muchos con libertad y con una visión pragmática, sin crear grandes estructuras. Las personas se conectan a la Red según sus necesidades y se desconectan a

voluntad, pero la Red es potente porque produce integración de esfuerzos, hace madurar nuevas identidades y fomenta un nuevo sentido de pertenencia que probablemente tiene que ver con el futuro de la Iglesia. Las implicaciones que este nuevo modelo tiene para nuestra vida espiritual, comunitaria y apostólica pueden ser diversas, y hemos de aportar a la reflexión común con apertura, incluso renunciando a modelos pasados si es que vemos la acción del Espíritu en lo nuevo. Está surgiendo un nuevo modo de ser Iglesia, pero no hemos formulado todavía la teología que lo sustenta, en particular la teología del laicado que está a la base.

José Reyes

Octubre 2004, revisado en Enero 2005

La Misión de la CVX – Una síntesis a partir de Italcé 98
(Para inspirar a los Consejos Nacionales y Regionales, a las comunidades locales y a los miembros individuales)

Identidades	Opciones	Ideas para la acción	Ámbitos de Acción
Desearnos traer a nuestra realidad social el poder liberador de Jesucristo.	➤ Participar de la postura profética de la Iglesia, ser profetas de la esperanza y la justicia, ir contra la corriente ➤ Hacer análisis serios para adoptar actitudes responsables y efectivas en relación a la pobreza y sus causas, y a las estructuras de pecado ➤ Asumir la perspectiva de los pobres, salir al encuentro de ellos, participar en sus luchas ➤ Examinar nuestras propias vidas desde esta perspectiva: estilo de vida sencillo y solidario, resistir al consumismo, trabajar contra la codicia. ➤ Aprender y aportar el discernimiento, el diálogo y la capacidad de escucha ➤ Animarnos y potenciamos unos con otros en estas opciones	➤ Iniciar acción social, ser emprendedores sociales ➤ Participar en foros nacionales e internacionales ➤ Participar activamente en estructuras económicas, sociales y políticas. ➤ Tener un programa de acción, y de capacitación para la acción. ➤ Promover experiencias de inserción ➤ Compartir la riqueza de los Ejercicios Espirituales en todas las circunstancias de la vida ➤ Trabajar en redes de colaboración ➤ Trabajar unidos con la Compañía de Jesús.	➤ Diversas estructuras políticas y económicas ➤ Vida internacional ➤ El mundo de los negocios ➤ La deuda internacional ➤ La integridad de la creación ➤ La calidad de las relaciones familiares, laborales, eclesiales, sociales, etc. ➤ Educación ➤ Refugiados ➤ ONGs.

Prioridades	Opciones	Ideas para la acción	Ámbitos de Acción
	» Testimoniar nuestra vocación, como individuos y como comunidad.	» Usar efectivamente los medios de comunicación, emplearlos ampliamente para comunicar nuestra fe y los valores que defendemos. » Compartir con lo diverso, para aprender a servir, dar y recibir. » Buscar mejores formas de educación en valores. » Acompañar las diversas etapas de la vida y sus manifestaciones culturales, especialmente los jóvenes. » Aportar habilidades para el diálogo, el compromiso y la reconciliación » Involucrarnos en una búsqueda de una nueva manera de ser Iglesia universal, que acoja la diversidad cultural.	» Medios de comunicación de masas » Instancias de diálogo social » Manifestaciones de culturas locales » Producción de símbolos, iconografía, etc. » Cultura juvenil » Diálogo interreligioso u ecuménico » Reflexión teológica » Liturgia » Pastoral y catequesis inculturizadas
Deseamos encontrar a Jesucristo en toda la variedad de culturas, permitiendo que su gracia ilumine todo lo que necesita transformación	» Aborrecer el pecado propio de cada cultura que quiebra a las personas y divide a las comunidades, desarrollar la capacidad crítica y el valor de ir contra corriente. » Valorar la unicidad de las culturas locales, enriquecerse con esos aportes únicos, con la simbología y la creación local; buscar la integración positiva de las diferentes culturas, sin uniformidades que destruyan la unicidad y el aporte propio de cada cual. » Hacer que Cristo se manifieste en el respeto, el diálogo, en la transformación de lo negativo, en la multiplicación de lo bueno, en la preocupación por la comunidad humana, que a menudo nos pide ir más allá de nuestros limitados horizontes.		

Identidad	Opciones	Ideas para la acción	Ámbitos de Acción
	» Oponerse a tendencias como el individualismo, la marginación, el consumismo; y en cambio promover tendencias como el diálogo, la preocupación por los derechos humanos, la afirmación de la vida, etc. » Aportar en la búsqueda de sentido, en la esperanza activa, en el diálogo, la reconciliación, la integración fe y vida. » Practicar todo lo anterior también en la Iglesia: vivir el diálogo interno y hacia afuera, promover lo positivo y desafiar lo negativo en las iglesias locales, curar heridas, tender a relaciones humanas auténticas, transformar las estructuras de pecado, etc.		
	» Buscar y hallar a Dios en todas las cosas, que nuestra vocación CVX atraviese todo lo que hacemos en nuestra vida diaria.	» Ser una comunidad de fe laica e ignaciana en misión. Tener especial cuidado por los pobres y los excluidos.	» El esfuerzo cotidiano » El trabajo y la profesión » Las relaciones humanas

Prioridades	Opciones	Idens para la acción	Ámbitos de Acción
Desearnos vivir unidos a Jesucristo para que El pueda entrar en todos los aspectos de nuestra vida ordinaria en el mundo.	» Valorar lo cotidiano como oportunidad de servicio y de crecimiento. » Apoyar a la persona humana, crear auténticas relaciones personales, vivir una sana afectividad, acoger y valorar, incluir y no excluir » Promover una vida de familia en la que maduren relaciones auténticas en la pareja, entre padres e hijos, y entre generaciones. » Ofrecer la riqueza de nuestra fe, esforzarnos para que el estilo de Jesucristo sea atractivo y desafiante para los jóvenes. » Valorar el trabajo y la dignidad del trabajador. » Superar la frecuente distancia entre nuestro compromiso de fe y nuestras actividades profesionales y laborales.	» Fomentar una comprensión cristiana y crítica de problemas contemporáneos tales como la globalización, el medio ambiente, la militarización. » Acompañar a los jóvenes » Acompañar a las parejas » Cuidar de la familia, en todas sus manifestaciones, especialmente cuidar de las que sufren rotura o quebranto. » Vivir el matrimonio y la vida familiar en discernimiento. » Luchar contra el desempleo y el sub-empleo. » Luchar contra el consumismo, la obsesión por las ganancias, etc.	» El desarrollo y la vida afectiva » La capacidad crítica ante los hechos » La pareja, la familia y los jóvenes » Diálogo intergeneracional » El estilo de vida Iniciación cristiana de los jóvenes.

EL POLINOMIO APOSTOLICO DE LA CVX

Discernir – Enviar – Apoyar – Evaluar



Este polinomio de cuatro palabras ha surgido en la historia reciente de CVX, y tiene gran fuerza apostólica. No se trata de 4 pasos sucesivos que deban darse en cada reunión de comunidad. Tampoco se trata de 4 palabras de contenido vago que puedan dejarse en el nivel de la espontaneidad. Se trata de cuatro funciones que cumple la comunidad en sus distintos niveles, para poder ser realmente un cuerpo apostólico.

Presento el siguiente cuadro, que no agota el tema pero tiene el mérito de ser sintético. Podrá ser completado y enriquecido a partir de aportes diversos, y desde ya creo que hay que agregar dos columnas más: una sobre medios y otra sobre el nivel personal.

Función	En la Comunidad Mundial - Nacional - Regional	En la comunidad local o grupo
Discernir	• Leer la realidad • Recoger la experiencia • Formular orientaciones y prioridades apostólicas • Conducir los procesos • Conectarse con la Iglesia • Identificar lugares, obras, ambientes, relaciones. Acoger las orientaciones y prioridades apostólicas	• Compartir las experiencias individuales sobre ellas • Escuchar la Palabra de Dios • Contemplar a Jesús en Acción • Compartir las mociones espirituales • Clarificar lo que escuchamos y experimentamos • Preguntarnos qué hacemos al respecto • Sacar conclusiones personales o comunitarias
Enviar	• Confirmar (o no) iniciativas y compromisos apostólicos formales. • Asegurar y organizar presencia de miembros CVX en los diversos lugares u obras identificados	• Confirmar (o cuestionar) opciones personales en el ámbito ordinario • Conectar las experiencias de los miembros con las prioridades apostólicas (editar e imprimir el compromiso apostólico de cada miembro).

Función	En la Comunidad Mundial - Nacional - Regional	En la comunidad local o grupo
	• Cubrir toda la gama de orientaciones y prioridades apostólicas • Establecer vínculos con la Iglesia Jerárquica y con la Compañía de Jesús sobre misiones encargadas a algunos miembros.	
Apoyar	• Dar formación espiritual, intelectual, apostólica y humana • Conectar eficazmente a miembros apostólicamente homologables • Crear estructuras de apoyo • Aportar liderazgo, visión • Divulgar documentos, posibilidades de obtener ayuda, etc. • Convocar, más allá de la CVX, para la colaboración apostólica	• Acoger y acompañar dificultades concretas, necesidades personales, desánimos, preguntas. • Dar a cada miembro lo que necesite: consejo, ánimo, ayuda específica, confirmación, etc. • Orar por cada uno y por su misión • Estudiar y profundizar algunos aspectos específicos según necesidad
Evaluar	• Promover y canalizar la autoevaluación y autocrítica al interior de la CVX sobre la eficacia apostólica • Recoger y sistematizar experiencias exitosas, fracasos • Canalizar los aportes críticos que provengan de la Iglesia, la Compañía de Jesús y otras asociaciones • Preparar y liderar buenas instancias de evaluación, discernimiento y proyección • Mantener parámetros objetivos sobre el compromiso apostólico de la CVX y sus miembros.	• Practicar el consejo y la corrección fraterna • Aportar antecedentes e inputs a los líderes o comisiones del nivel regional o nacional • Valorar la vida apostólica de cada miembro, con actitud agradecida • Refocalizarse continuamente en función de la vida apostólica de los miembros y de la CVX

José Reyes
Vice Presidente ExCo Mundial

Ser Laico: Vocación y Misión²⁵

Intimidad y extroversión

Al referirse a los laicos se suele hablar de "vocación" y de "misión" en forma casi inseparable. Análogamente, se habla de los laicos "en la Iglesia" y "en el mundo", esto es, de la "vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo", y al hacerlo se admite que intimidad y extroversión no son pasos sucesivos sino circulares, o mejor dicho "en espiral". Se trata de dos líneas de la vida cristiana que son inseparables y que se alimentan mutuamente. Así, podríamos hablar de la "Oración Apostólica", o del "Apostolado orante". Podríamos hablar también del "estar con Jesús" y del ser "enviados por él"²⁶, o de espiritualidad y ética²⁷, de llamada y respuesta. En definitiva, ser laico es un problema de desarrollar un "estilo de vida coherente y consecuente con la vida de gracia recibida"²⁸.

En el evangelio hay muchos trozos que ayudan a comprender la inseparabilidad de estas dos



dimensiones. Sugiero tomar In 15,1-17: el discurso de la vid y las ramas. Los verbos principales son

²⁵ Tomado de una charla dada por el autor a CVX de Chile.

²⁶ Cfr. Mc 3, 14: "eligió de entre ellos a doce, para que lo acompañaran y para mandarlos a anunciar el mensaje".

²⁷ Véase Mifsud, Tony: "Talante ético de la Espiritualidad Ignaciana", en PROGRESSIO, Suplemento Nº 58, pg 42 a 71.

²⁸ Cfr ibidem, pg 49.

"producir (frutos)" y "permanecer", o sinónimos de éstos en distintas conjugaciones. "Yo soy la vid y ustedes las ramas"... las ramas dan fruto si permanecen unidas a la vid... "sin mí no pueden hacer nada". Nosotros nos quedamos en Jesús, y Jesús se queda entre la gente por medio de nosotros. Permanezcan en mí... den fruto... el fruto permanece (v16).

Hay ciertamente una tensión entre oración y apostolado, entre permanecer y dar frutos, entre llamada y respuesta. Pero se trata de una tensión constructiva y que sólo por inmadurez nuestra o por equívocos históricos se nos presenta a veces como oposición. Se ha dicho en la historia, y a veces lo decimos nosotros en nuestra historia personal, que o elegimos la vida de oración - separada del mundo, contemplativa - o elegimos la vida en el mundo, apostólica, activa. Jesús no incurrió en esa dicotomía. Su misión fluye de su oración, su oración lo dinamiza y lo lanza al mundo, y el mundo le provoca sentimientos y mociones que lo hacen volverse a su Padre en oración.

En las contemplaciones de la vida oculta de Jesús, desde la anunciación hasta el bautismo en el Jordán²⁹, hay unas gracias muy grandes que son emocionantes. La Trinidad se conmueve al mirar el mundo dividido, y desde su infinita unidad decide desgarrarse a sí misma, "separando" a la segunda persona. Jesús, la segunda persona cuya misión es nada menos que la redención del mundo, se hace pequeño y vulnerable, pasa riesgos, amenazas y pruebas difíciles. Ahí están Herodes y sus siniestros planes, el exilio en Egipto, la austera vida íntima de la familia de Nazareth. ¿Qué ocurrió con Jesús durante esos años? Las contemplaciones de la vida oculta me llevan a pensar que lo que ocurre es que Jesús, por medio de la oración, se va agrandando, tomando conciencia de su misión y restaurando la unidad trinitaria que se había autodesgarrado en la deliberación de la anunciación. No se explica de otra manera la familiaridad de Jesús con los salmos y las escrituras. Seguramente María poco a poco le fue contando el anuncio del ángel, su concepción virginal, su nacimiento en Belén, los pastores,

²⁹ Ff.EE. 262 al 273

los magos, Simeón, la visita a Isabel, etc., todo con palabras sencillas. La sabiduría crecía poco a poco en el niño, de acuerdo a su edad. De las historias concretas iba lentamente accediendo a los significados. Estos últimos se precipitan en el episodio de los doce años. Jesús va dejando la niñez, busca formación, debe haber sostenido largas conversaciones con hombres sabios, además de sus padres; debe haber hecho muchas lecturas. Las historias que le contaba su mamá, las lecturas de los salmos, las Escrituras, el ambiente del pueblo judío, todo se iba articulando por la gracia de Dios. Creo que en algún momento, o en varios, tiene que haber tenido "visiones", "insights" diríamos hoy, como Ignacio en el Cardener. Siendo Dios había salido de Dios para ser hombre... siendo hombre, recibía la gracia de Dios para volver a El trayendo consigo a la humanidad. En fin, la gracia permitía a Jesús ir haciendo conexiones, haciéndose consciente de su misión, por una íntima comunión que tiene con el Padre. En su mente y corazón juvenil, muchos descubrimientos lo agitaron, y con emoción reconocía al Espíritu que lo ligaba más y más al Padre. Todo adolescente cristiano ha tenido emociones

espirituales, "insights". Jesús ciertamente también. En este tiempo se iba gestando en lo hondo de su corazón lo que después proclamaría: "Yo y mi Padre somos uno solo". Hay otras frases que indican esta creciente conciencia de Jesús respecto de su misión y de su unidad fundamental con el Padre:

Jn 6, 57: "Yo vivo por el Padre"

Jn 6, 27: "A quien el Padre Dios ha marcado con sus sellos"

Jn 5, 19: "El Hijo no puede hacer nada por su cuenta"

Jn 5, 20: "El Padre quiere al Hijo y le muestra lo que El hace".

Jn 4, 26: "Yo soy (el Mesías), el que te está hablando"

Jn 4, 36: "El segador y el sembrador"

Jn 8, 14: "Sé de dónde he venido y a donde voy"

Creer en gracia, para Jesús, es ir estableciendo relaciones íntimas con el Padre, ir "restableciendo la unidad Trinitaria", que por momentos parece quebrada para darse a los hombres.

A pesar de que a los doce años, edad en que comenzaban las obligaciones religiosas, declara que debe dedicarse a "las cosas de su Padre", Jesús esperará todavía

unos 18 años más. No cae en la tentación de ser un niño prodigio, a pesar que impresionó a todos. Sabe que tiene que crecer en intimidad con el Padre y formarse humana y



socialmente. En la oración fueron madurando sus opciones. Leyendo a Ezequiel y a Isaías optó por una escuela menos rigorista o legalista, más centrada en la conversión del corazón, renunciando a esa corriente mesiánica más política³⁰. En oración fue discerniendo los espíritus: "guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes" (Mc 8,15). Jesús tiene que haber leído los textos mesiánicos de Isaías y Ezequiel (ustedes pueden en oración contemplar el Corazón de Jesús leyendo Is 52ss, o Ez 36ss), tiene que haberse conmovido con ellos en un primer momento, y luego tiene que haberse preguntado si se referían a él y su misión. Por ejemplo, estos textos:

Is 42, 1: He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma... He puesto mi Espíritu sobre El"

Is 42, 6: "Yo, Yahveh, te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al

³⁰ Ver Mc 3,5: "apenado por la dureza de su corazón", o Mc 7,6: "¡Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas!"

preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas”.

Después de muchas lecturas y horas de oración, Jesús va llegando a la conclusión que estas profecías se refieren a El. Jesús joven, joven adulto, hombre maduro, decide que él es el Mesías. Lo proclama al comienzo de su predicación: “Hoy se ha cumplido esta profecía”... y lo dice a la mujer en el pozo: “Yo soy”. El bautismo en el Jordán es el resultado de un discernimiento: Jesús es un Mesías humilde que se inserta en la historia, inaugura una nueva etapa, pero no se siente fundador. La presencia explícita del Padre y del Espíritu es la confirmación del discernimiento de Jesús. Las palabras del Padre ponen a Jesús, como él lo había ido madurando, como el siervo de Yahveh, el Mesías esperado.

Es incompleto contemplar a Jesús en misión sin haber hecho estas contemplaciones de Jesús en oración, leyendo las escrituras, cantando los salmos, en discernimiento; o de Jesús en formación, en espera, en peregrinación, en diálogo con maestros, escuchando a sus padres. Y de la misma manera, es inútil

imaginarnos a nosotros en misión, dando frutos que permanezcan, sin hacer experiencia de pesebre, de exilio, de silencio, de desierto, de Jordán... o sin empaparnos de la corriente de salvación en la que nos insertamos, discerniendo quiénes somos en todo esto y cuál es el momento que ahora debemos vivir. Y esto no es una contigüidad de hechos, sino una continuidad de vida, una dinámica de todos los días. Es esto lo que llamamos la contemplación en la acción.

El mismo tema de la relación dinámica entre oración y apostolado puede ser visto a partir de la vida pública de Jesús, o desde su pasión y muerte. Para nosotros, las contemplaciones de la vida de Cristo son momentos de intimidad y de lanzamiento. Ver a Jesús que pasa, se da cuenta, se conmueve, sana, multiplica los esfuerzos humanos, se

Las contemplaciones de la vida de Cristo son momentos de intimidad y de lanzamiento

dirige al corazón de las personas, desenmascara las tentaciones del enemigo, etc., es a la vez una provocación hacia el apostolado y una invitación a la intimidad. A veces se moverá con más fuerza nuestra voluntad, a veces nuestro afecto..., a veces nos impactarán más los frutos, o la experiencia del sana-

do; y otras veces nos moverá más la contemplación del Corazón de Cristo, del sanador.

La oración contemplativa desarrolla en nosotros los 5 sentidos espirituales, nos da una sensibilidad particular y una imaginación creadora. Acompañar a Jesús en su vida pública nos permite apropiarnos poco a poco de la sabiduría apostólica de Jesús. De la contemplación de Jesús pobre y humilde surge el estilo sencillo de nuestra vida. De la contemplación del grupo de los apóstoles con Jesús, surge nuestro deseo de ser compañeros en la misión. De la meditación de las parábolas emana una sabiduría distinta y una actitud menos engreída. De la contemplación del samaritano caído surge una imaginación apostólica fructífera. Lo que va ocurriendo con nosotros es que la oración y la vida se provocan mutuamente: encontramos con un pobre en nuestro camino nos manda al Corazón de Jesús, y encontramos con Jesús en lo íntimo nos manda de vuelta al pobre de la calle. Uno no sabe si las lágrimas brotan de la pena y conmoción que nos produce

lo que vemos, o de la emoción de estar sintiendo los latidos del Corazón de Jesús. Y respecto de la acción, cuando nos sorprendemos a nosotros mismos al ser capaces de emprender servicios generosos, la oración hace que terminemos por reconocer que es Dios quien hace fecunda a la estéril.

En fin, la oración es fuente de inspiración apostólica, es sabiduría que viene de arriba, es el fertilizante de nuestra vida, es encuentro emocionante, es provocación, confirmación, fuerza perseverante y transformadora. Por eso, no hay apostolado sin oración, pues la oración activa la gracia y nos mantiene unidos a la vida.

Esta dinámica que experimentó Jesús de salir de Dios y volver a El es la que descamos profundizar hoy día nosotros como laicos en relación con Jesús. Estar con él, ser enviados por él y volver a él. No diremos como Jesús "mi Padre y yo somos uno solo", pero diremos probablemente con San Pablo "Ya no soy yo el que vive, es Cristo que vive en mí"³¹. En las contemplaciones de la vida de

³¹ U otras expresiones paulinas tales como: "que Cristo viva en sus corazones por la fe" (Ef 3,17), "Tengan ustedes la misma manera de pensar que tuvo Cristo Jesús" (Fil 2, 5).

Cristo desde el bautizo en el Jordán hasta el Domingo de Ramos¹² va ocurriendo en nosotros respecto de Jesús lo que recién hemos visto que le ocurre a Él respecto de su Padre y de su misión: nos vamos haciendo conscientes de nuestra misión y disponibles para la acción a partir

de una intimidad creciente, que es vocación o llamada.

Este camino de intimidad - extroversión marca nuestro caminar de laicos adultos en la Iglesia y en el mundo, y nuestra participación en la misión de Jesús.



¹² EE.EE. 273 a 288

Profetas de la Esperanza y la Justicia

*Una mirada a la misión de los laicos cristianos**

* Basado en una presentación hecha a la Asamblea Nacional de CVX Chile, octubre 1999.

¿Cómo poder expresar sintéticamente nuestro modo de ser cristianos en el mundo hoy? A lo largo de nuestra experiencia cristiana cada uno de nosotros va desarrollando una relación personal con Jesucristo y una forma particular de seguirlo. Surge así un *estilo de vida* cristiano, es decir, un modo de vivir, de orar, de actuar, de optar, etc. Por otra parte, todos nosotros tenemos una *experiencia de comunidad* cristiana, nos sentimos parte de alguna célula del cuerpo místico de Cristo, en la que experimentamos la vida de la Iglesia en la liturgia, la formación, la caridad, la esperanza compartida, la fe dialogada. Por último, algunos cristianos pertenecemos también a organizaciones o asociaciones, con todo lo que esto implica en términos de estructuras, planificaciones, requerimientos sociales y económicos, etc. Se trata de la *dimensión asociativa y apostólica*.

En esta exposición enfatizaré más el primer aspecto, es decir todo lo relativo a nuestro estilo de vida cristiano. Pero, mi intención en parte es mostrar cómo de él surgen espontáneamente los otros dos, y cómo los tres significados se necesitan y se potencian mutuamente.

Cuando hablamos del cristianismo como estilo de vida, surge inmediatamente la clásica tensión de toda vocación: el ya, pero todavía no.

Desde muy jóvenes vamos haciendo opciones cristianas, y en cada opción nos jugamos enteros. En ese sentido, somos cristianos. Pero, al mismo tiempo vamos

Cuando hablamos del cristianismo como estilo de vida, surge inmediatamente la clásica tensión de toda vocación: el ya, pero todavía no

experimentando nuestros límites personales, nuestra falta de formación, nuestra falta de

coherencia. Y en este sentido no somos todavía lo que quisiéramos ser. Quizás cuando decimos que somos cristianos estamos enfatizando más el carácter comunitario y asociativo: somos bautizados, somos parte de la Iglesia, pertenecemos a una comunidad, a lo mejor somos integrantes de una asociación, nos preocupamos de nuestra formación, participamos en actividades de servicio, etc. Quizás cuando decimos que todavía no somos, estamos enfatizando más el estilo de vida, dando cuenta de nuestras imperfecciones, de nuestro sentimiento de portar un tesoro en vasijas de barro, de nuestra distancia respecto de la genuina vocación cristiana, que intuimos pero no terminamos de asimilar y poseer.

Es que cualquier vocación particular en la Iglesia ha de entenderse, a la vez, como camino de formación y como estilo de vida. Un camino de formación está marcado de principio a fin por la vocación completa a la que aspira, aunque de ésta no se tenga un modelo puro para exponerlo e imitarlo.

Sin embargo, aun contando con nuestras imperfecciones y a sabiendas que un camino no termina, entre nosotros debe haber algunos que vivan su vocación cristiana no sólo como un dato de pertenencia asociativo o como un camino que se está haciendo, sino como una orientación total de la vida, una radical elección de estilo, una respuesta personal a una llamada, o sea, como una vocación estable, visible en la comunidad y fuera de ella, sellada de manera permanente³³. Y debe haber también otros que se sienten en camino, algunos más al inicio, otros con varios tramos andados, pero todos con una cierta fascinación por el camino que se está recorriendo, capaces de reconocer etapas, inflexiones, y de simbolizarlos adecuadamente.

Para clarificar el camino y poner los medios y signos adecuados, es bueno contar con formulaciones sintéticas que expresen bien la vocación madura, genuina, estable, a la cual se aspira y la que informa todos los esfuerzos formativos. En la Iglesia y en sus distintas asociaciones contamos con este

³³ Es el sentido del Compromiso Permanente en la CVX, por ejemplo.

tipo de textos fundamentales, y siempre estamos tratando de formular nuevas síntesis, muchas veces a partir de procesos de discernimiento comunitario, a nivel local, nacional o mundial. Intentaré efectuar aquí una nueva síntesis, y lo hago sin pretender reemplazar textos mucho más autorizados.

Inspirándome en un taller que me tocó animar en una Asamblea Mundial de la CVX³⁴, y en una serie de diálogos que en ella tuve, quisiera desarrollar una visión sintética de nuestra vida cristiana hoy. Aunque proviene de una experiencia de discernimiento en el seno de la CVX, creo que puede identificar a muchos cristianos, ignacianos o no. Recordemos que en la Iglesia las gracias recibidas no son privadas, sino que son para toda la Iglesia. La visión sintética de nuestra vocación y misión que quiero desarrollar es la siguiente: *queremos ser profetas de la esperanza y de la justicia, capaces de actuar en el mundo desde la perspectiva de los pobres.*

1. Profetas:

No soy profesor de "Profetas", como lo era un jesuita amigo mío en el Instituto Bíblico de Roma. Uso la palabra más bien intuitiva y alegóricamente, con libertad y algo de fantasía, para resumir un conjunto de experiencias y contenidos que me parecen neurálgicos en nuestra vocación.



³⁴ Itaiçi 1998. En general, una Asamblea Mundial en CVX es una reunión de más o menos 180 delegados de unos 60 países de los cinco continentes para orar y discernir juntos a partir de la experiencia de base que todos traen. Es un rico taller de vida cristiana, con presencia de laicos y religiosos, con grandes posibilidades de compartir la vida y la fe, de interpelaciones mutuas y sueños compartidos.

Un profeta es en primer lugar una persona en diálogo con Dios, con una comunicación familiar pero no necesariamente intensa o impresionante. Dios le habla al corazón, lo provoca, lo mueve... el profeta escucha y se defiende, pregunta y contraataca, pide más poder o más señales. Dios le da sólo lo que necesita, y le pide acciones, movimientos, viajes, empresas. El diálogo es sobre la realidad, sobre la vida, y consiste en un acercarse y alejarse entre las líneas de nuestra historia humana y la línea del amor infinito de Dios por nosotros. Es un diálogo que es oración, pero una oración que nace de la vida y que te devuelve a ella con nuevos impulsos, orientaciones, significados.

Un profeta es también una persona lúcida, aunque aparentemente algo inadaptada o excéntrica. La lucidez es un don, pero es también el resultado de la observación, el método, la capacidad de escuchar, analizar y asimilar los datos que vienen de la realidad misma y del diálogo con Dios, incluyendo aquellos datos más amenazantes o peligrosos. La inadaptación, por su parte, surge del rechazo a las

soluciones fáciles u obvias, del descontento con fórmulas estáticas o recalcitrantes que se mantienen sólo por el peso con que oprimen o por el acostumbramiento y aletargamiento que existe en torno a ellas. Hay en el profeta una inquietud interior que no se contenta, hay un sentido espiritual que le indica que algo huele mal. El profeta entiende de mosquitos y de camellos³⁵, y reconoce que hay mucho de fariseísmo en los discursos y actos públicos, en la

organización y comportamiento de la sociedad, de la Iglesia y de las comunidades a las que él mismo pertenece. Sin embargo, su lugar está allí, en medio de la realidad, tendiendo a las fronteras y por eso también a la excentricidad, sin perder la unión con Dios ni la lucidez, lo que le impide la invalidación o la autodestrucción. El profeta no busca la inadaptación ni es un desadaptado, pero sabe vivir con una justa dosis de estos ingredientes, en una vida que no siempre es fácil de comprender

**El profeta,
además, conoce
su propia
debilidad y
crece a partir y
a través de ella**

³⁵ Cfr. Mt 23, 24

porque tiene mucho de contracultural.

El profeta, además, conoce su propia debilidad y crece a partir y a través de ella. Su profetismo no pretende oponer una fatua perfección propia contra una genérica y total imperfección de la sociedad. El profeta tiene experiencia propia de transformación, de potenciación, a partir de su relación con Dios. Ha tomado contacto con su debilidad y eso es lo que le permite plantarse como profeta ante los demás. No es su perfección sino su experiencia de transformación lo que lo libra o descentra de sí mismo, lo fortalece para la misión y le permite vivir su vocación sin falsos pudores.

Un último rasgo que quisiera proponer, es que el profeta se expresa con gestos convincentes. No es un denunciante ni un destructor; más bien es un generador de imágenes, formas, empresas. Propone alternativas y arranca sólo para plantar. No le gusta abusar de la palabra, y más bien siente pudor de hacerlo. No es amigo de los gestos grandilocuentes, pero sabe que el espíritu no es mudo ni exánime. Se regocija en imágenes de pozos

profundos, aguas vivas, fuegos que no se apagan, redes henchidas o vasijas de barro. Así, no pone oposición a lo que brota desde dentro ni tiene problemas en expresar visiblemente lo que es.

2. De la Esperanza

Profetas de la esperanza, del sentido. Esto significa transparentar, proyectar y reflejar una actitud positiva ante el mundo y ante las personas, lo que no debe confundirse con un optimismo trivial. La esperanza se refiere a lo que no hemos podido ni podremos conseguir por nosotros mismos, pero que se nos perfila e insinúa en nuestros esfuerzos cotidianos por cambiar el mundo, y que conocemos también por revelación.

Cimentados en Cristo, no hay ninguna razón para ser desesperanzados. Podemos ser pesimistas en relación con los resultados que obtendremos de nuestros esfuerzos, o a la calidad de nuestro accionar, pero no podemos dudar de la acción de Dios en el mundo a través nuestro.

Se trata de una actitud cristiana básica: creer en la multiplicación de los panes, en la pesca milagrosa, en la curación del

paralítico. Así, se puede vivir la vida como pescadores, como niños o como paralíticos, sin desesperar, sino más bien perseverando, aportando lo propio con constancia y gratuidad, ofreciéndolo para ser multiplicado y diseminado.



La esperanza nos mueve a la acción. No es la acción en sí misma la que amamos, sino la acción transformada por Dios. Así, nos sorprendemos de lo que pescamos o de lo que somos capaces de distribuir, y nos dan más deseos de tirar las redes cada día.

Ante los graves problemas que nos toca presenciar o vivir, respondemos con esperanza activa. Nos preguntamos cómo podemos

ayudar, y aun ante situaciones extremas, no dudamos que en algo podemos ayudar y que algo quiere Dios que hagamos nosotros para permitir que El se manifieste.

Esta esperanza activa es, a mi juicio, una de las fuentes más importantes de nuestras energías apostólicas. Pero, de nuevo, la esperanza brota de la contemplación y de la unión con Cristo. Si flaquea nuestra esperanza flaquea nuestra acción, y generalmente es porque hemos perdido el sentido, porque nos hemos alejado de los caminos de Galilea, de las arenas de Tabga, del pesebre de Belén, de las peregrinaciones a Jerusalén y de las sinagogas villas y castillos que frecuentaba Nuestro Señor.

3. De la Justicia

La Asamblea Mundial nos dice que "necesitamos trabajar contra la codicia y el mal uso del poder en las estructuras políticas y económicas"³⁶. Hay estructuras de pecado³⁷ que se refuerzan entre sí,

³⁶ Asamblea Mundial de ITAJCI: "CVX, una carta de Cristo escrita por el Espíritu y enviada al mundo de hoy". En *Progressio* N° 1-2-3-4, 1998, pg. 132.

³⁷ Cfr. "Solicitud Rei Socialis", N° 36-37.

se difunden, se potencian y generan más pecado, más injusticia, sobrepasando las fronteras nacionales, adormeciendo las conciencias, acostumbrándonos al escándalo de las diferencias entre hermanos, al escándalo de las ganancias excesivas, de la sed de poder. Sin embargo, un genuino camino de conversión del corazón hará que ante las estructuras de pecado consideradas en oración, broten como gracia concedida el dolor y las lágrimas³⁸. Entre la meditación sobre los pecados³⁹, en el nivel personal y en el estructural, y la agitación de Las Dos Banderas⁴⁰ en el mundo y en nuestro corazón, resonará en nosotros la llamada del Rey⁴¹ a trabajar con El y el desecho de ella.

“Estamos llamados” – continúa la Asamblea mundial - “a dar testimonio de una comunidad mundial que da a sus miembros el poder de ser profetas de la esperanza y de la justicia, capaces

de asumir posturas audaces, para traer más justicia a este mundo”⁴². Y esto nuevamente nos hará ser contraculturales: habrá que pelear y resistir contra el consumismo y el individualismo, desenmascarar la erosión cultural y espiritual que producen, renunciar a ganancias innecesarias, mantener un estilo sencillo en nuestra vida de familia y en nuestras relaciones humanas. Desde una conversión permanente de nuestra propia vida, iremos preparándonos también para “establecer nuevas redes virtuosas de colaboración”⁴³, en oposición a las “redes y cadenas”⁴⁴ que echa el enemigo. Llegaremos a ser emprendedores sociales, con la misma astucia, inteligencia e incisividad que emplean los empresarios en el mundo de los negocios. Como comunidad, nos

Como comunidad, nos iremos haciendo no sólo una comunidad de profetas, sino una comunidad profética

³⁸ Ejercicios espirituales, Nº 55, 2º preámbulo.

³⁹ Ejercicios Espirituales, Nº 55 al 72

⁴⁰ Ejercicios Espirituales, Nº 136 al 148

⁴¹ Ejercicios espirituales, Nº 91 al 100

⁴² Asamblea Mundial de ITAICI, ibid, pg 132.

⁴³ ibid

⁴⁴ Ejercicios espirituales, Nº 142

iremos haciendo no sólo una comunidad de profetas, sino una comunidad profética.

Ser profetas de la justicia significará también para nosotros el afinar nuestro discernimiento para entender e identificar las diversas formas, abiertas y sutiles, que tiene el pecado para infiltrarse en nuestras relaciones sociales, en nuestras estructuras y en nuestras sociedades, y para debilitarnos y confundirnos a nosotros mismos en nuestras luchas. Se trata de una fineza que genera libertad, creatividad, gratuidad para asociarse y emprender, perseverancia para continuar y continuar.

La rebeldía del profeta de la justicia no es amargura, rencor ni desesperanza, las que normalmente provienen del mal espíritu. Se trata más bien de una rebeldía pura, sana, que es misterio pascual en su propia vida, es angustia y tristeza, dolor que lleva en sí el destello de la resurrección, es semilla de acciones futuras y de mayor intimidad con Dios.⁴⁵

4. Capaces de actuar en el mundo

Nuestra contemplación y nuestra formación nos ha de llevar a la acción. Ya hemos hablado de este ir y venir entre la acción y la contemplación, entre la realidad cotidiana y la vida en el espíritu. La Asamblea Mundial de Italcí nos recuerda también la relación entre la formación y la misión, diciéndonos que "prácticamente todas las necesidades sociales que deseamos enfrentar exigen formación, pero la acción no puede esperar hasta que estemos completamente formados... Necesitamos desde el comienzo mismo aprender a ser contemplativos en la acción, a promover experiencias de inserción en situaciones de opresión y privación, y a promover un modelo de experiencia - reflexión - acción en nuestros programas de formación"⁴⁶.

La tendencia a la acción es el factor que da credibilidad a las

⁴⁵ Al respecto se puede orar con 2 Cor 1, 3-11; 2 Cor 4, 7-18 y otros pasajes de esta carta de San Pablo.

⁴⁶ Asamblea Mundial de ITALCÍ, *ibid.* pg. 133, n.4

actitudes. Tenemos que hacernos capaces de actuar en medio a nuestra realidad, y esto significa desarrollar habilidades y conductas que nos hagan hombres y mujeres bien insertos en nuestros contextos sociales, históricos y culturales.

En nuestra sociedad de hoy no se trata de ser cristianos laicos a pesar o a espaldas de la modernidad, sino de ser cristianos en la modernidad. Esto significa que nuestra capacidad de testimoniar y de actuar estará directamente relacionada con nuestra capacidad de acoger, dialogar, escuchar a otros diversos, aprender de ellos. Con esta actitud, "nos comprometemos a favorecer la plena presencia de Cristo en todas las culturas"⁴⁷, tratando de atraer hacia él más que de oprimir con nuestras convicciones o imponer nuestras verdades, confiados en que es Dios y no nosotros quien convierte los corazones.

Para trabajar hoy con Cristo en medio de nuestra realidad y de nuestro tiempo, necesitamos capacitarnos para innovar y

promover nuevos modelos de gestión. Tenemos que ser excelentes en el uso de los medios y muy claros en los fines que perseguimos. Hemos de ser validados no tanto por los cargos o actividades que desempeñemos, sino por nuestra entrega y por la calidad de nuestro trabajo. No hemos de ceder ante las ofertas de la corrupción o la tentación del éxito fácil. Nos esforzaremos por alcanzar una comprensión cristiana y crítica de fenómenos como la globalización, la crisis ambiental o los problemas políticos, desarrollando una particular habilidad para el análisis social.

Por último, quiero sugerir que desde el punto de vista de nuestro trabajo transformador de la sociedad, nuestra vida familiar no es poco relevante. La familia no es para nosotros sólo una fuente de energías que brotan del amor interpersonal, o un lugar de relajación al que llegamos después de nuestra lucha diaria por extender el reinado de Dios. Creo que es sobre todo el lugar primario en el que aprendemos y desarrollamos en forma permanente los modelos que quisiéramos para toda la

⁴⁷ *ibid*, pg 134: Cristo y la cultura.

sociedad. Es el lugar en el que aprendemos a identificar el pecado y la gracia personal y



estructural. Una afectividad bien vivida, un adecuado equilibrio entre lo masculino y lo femenino, una particular sensibilidad y preferencia por el que está sufriendo; un compartir equitativo de los recursos, los talentos y los bienes; un respeto a la intimidad y a la libertad de todos los miembros, una comunicación transparente y sincera, una relativización de lo superfluo y un respirar nuestra fe

- incluidas sus crisis - como aventura cotidiana, son algunas de las cosas que se aprenden, crecen y se instalan en nosotros por medio de una buena experiencia familiar. Sin embargo, sabemos que para muchos la experiencia familiar es traumática o desgarradora. No hemos de juzgar ni comparar, no hemos de oprimir con la propia experiencia. Sólo hemos de ayudar, acompañar, querer, acoger, servir, buscar el hilo de vida que siempre permite seguir creciendo.

5. Desde la perspectiva de los pobres

La enseñanza de Jesús, de la Iglesia y de sucesivas Asambleas Mundiales nos proponen esta opción que no es accesoria, sino que pertenece al corazón de nuestra experiencia. Sin ir más lejos, la Asamblea Mundial de Itacici nos dice que "estamos llamados en nuestra vida comunitaria a animarnos unos con otros para mirar el mundo y trabajar en él desde la perspectiva de los pobres y a crecer en nuestra capacidad de encontrarnos con ellos, de saber dónde están en

nuestras sociedades, y descubrir cuáles son las formas de participar en sus luchas".⁴⁸

Queremos derrotar la pobreza, dejar atrás la marginalidad, y para eso hemos de querer a los pobres y a los marginados, encontramos con ellos y ponemos de su parte. Hemos de conocer sus problemas, valorar todo lo positivo de su cultura, que a menudo se nos presenta como ruda, elemental y hasta amenazante.

Cuando analizamos los problemas de la salud, la educación, la vivienda, la familia o la recreación, nuestra perspectiva ha de ser la de los pobres, no para perpetuar la pobreza ni para idealizar sus características, sino simplemente porque tendremos más posibilidades de construir la justicia, nos acercaremos más al Cristo pobre y humillado que deseamos seguir en su camino pascual, obtendremos mayor provecho espiritual y mayor deseo de trabajar.

6. Conclusión

El cristianismo vivido en clave

laical es un estilo de vida que se expresa en una vocación madura y estable, que aquí he tratado de delinear, y en un camino de formación que se recorre a nivel personal y comunitario.

La pertinencia y calidad de un camino de formación se verifica en lo que va produciendo en los que lo recorren. Si nos va acercando al ideal que soñamos, si nos permite ir viviendo día a día más de acuerdo con nuestra vocación, entonces estamos en un real camino de formación. En cambio, si el camino se nos torna agotador y aburrido, si a menudo sentimos no nos propone nuevas etapas o hitos en la marcha, probablemente estemos sólo repitiendo un modelo que en sus orígenes puede haber tenido validez pero que hoy no logra mover nuestros corazones. O quizás el camino propuesto es bueno y probado, y somos nosotros los que fallamos, en cuyo caso hemos de hacernos honestamente la pregunta de San Ignacio acerca de si estamos haciendo bien o no los Ejercicios que se nos proponen⁴⁹.

⁴⁸ Ibid, pg. 132: Cristo y la realidad social

⁴⁹ Ejercicios Espirituales, Nº 6

Por último, creo que nuestro deseo de recorrer un camino de formación impedirá que seamos como el

primer tipo de hombre de los Ejercicios,⁵⁰ ese que no pone los medios hasta la hora de la muerte.



⁵⁰ Ejercicios Espirituales, Nº 153

Magis • ¿Experiencia CVX?



Muchas veces la gente me pregunta: ¿qué es CVX? Dar una respuesta general es muy fácil. Basta con citar los Principios y Normas Generales -que me sé de memoria - y listo. O se pueden explicar las reuniones de los pequeños grupos, o todo lo demás. Sin embargo, esto no dice nada acerca de mi experiencia personal y tampoco dice nada del aspecto que nos distingue de otros. ¿Espiritualidad Ignaciana? es un concepto muy general. ¿Ejercicios Espirituales? mucha gente, que no está en CVX hace regularmente su retiro anual. ¿Pero qué es espiritualidad ignaciana, cuál es su núcleo? Mi respuesta es *magis*.

Es obvio que hay que distinguir entre la CVX y los jesuitas, ya que

la gente a veces se confunde. Hay con frecuencia una tendencia a describir la CVX como "ese chisme jesuita". Sin embargo, también hemos de reconocer que compartimos la misma espiritualidad, o para expresarlo más vivamente, "que nadamos en la misma piscina". San Ignacio escogió como dinamizante para la Compañía el conocido "*ad maiorem Dei gloriam*," todo lo que hacemos es para la mayor gloria de Dios. Y no fue escogido por casualidad. ¿Qué es lo que nos dice? Es una invitación para que todo lo que hagamos, sea a la mayor gloria de Dios.

Ahora bien, en la Biblia, Jesús tiene otra invitación para nosotros. Nos invita a ser perfectos (Mt.5, 48) y en el Antiguo Testamento el mismo Dios le dice a Moisés que todos somos santos (Lev 19,2). Por un lado, en cada uno de nosotros, en lo profundo de nuestro ser, hay un deseo de ser perfecto de una u otra manera. Por otro lado, está la pregunta: "¿en qué consiste la perfección?" "¿Cuáles han de ser las virtudes de una persona perfecta?" Muchas religiones

tratan de describir a la persona que se hace una con el Absoluto, una persona que está bien fundada en la verdad, integridad, etc., y que muestra la plenitud de la gracia. Diferentes religiones llaman a la persona de diferentes modos: santo, sabio, anahant, didha, budha, hombre perfecto, etc. De todos modos, hay una gran unanimidad entre las religiones en cuanto a cuáles han de ser las características de esa persona.

Para los cristianos -pero no sólo para ellos- esta persona manifiesta una semejanza con la imagen de Dios. Ya citamos el Levítico en el que Dios dice "Ustedes han de ser/son santos, por que yo el SEÑOR su Dios soy santo," y todos saben que somos creados a su imagen (Génesis 1,27). Entonces ¿cómo nos hacemos santos, cómo nos hacemos semejantes a El? Los santos son gente que no tiene deseos egoístas, que no están apegados a este mundo, sino que son libres, libres para amar. San Agustín escribe en sus *Confesiones*: "ama et fac quod vis." Es un modo de santidad. Sin embargo, antes de tener la capacidad para hacerlo, hay un largo camino, una jornada espiritual.

Hay diferentes senderos por los que se puede andar en esta jornada y, por lo tanto, existen diferentes espiritualidades. Primariamente, espiritualidad es el modo que una persona usa para acercarse a Dios. Claramente,

"el camino" tiene un significado especial para nosotros, los cristianos. Jesús se entendió a sí mismo como "el camino, la verdad y la

Los santos son gente que no tiene deseos egoístas, que no están apegados a este mundo, sino que son libres, libres para amar

vida" (Jn 14,6), los Hechos de los Apóstoles llaman a los discípulos "pertenecientes al Camino" (της οδου ουντας, Hch 9,2) y en Mateo está escrito "... el camino que lleva a la vida es duro..." (7,14. Podemos entonces decir que Jesús es el único camino hacia Dios, pero cada persona tiene su relación especial con Jesús, y por lo tanto su propia vía espiritual. La Sabiduría nos enseña a "seguir el buen camino y mantenerse en los senderos de los hombres honrados" (Proverbios 2,20).⁵¹ También puede significar que hemos de seguir el ejemplo de

⁵¹ También Dios, "atorozador acierto para los hombres rectos, es escudo para el de

aquellos que ya están más cerca del Camino, para que nos ayuden a encontrarlo. De este modo, nos hacemos peregrinos.

Y tal como nosotros vamos por nuestro camino, así fue San Ignacio. La noción de su *magis* no lo alcanzó de un sólo golpe. Fue un largo proceso, en la "Autobiografía" hay indicaciones de este proceso. Sabemos bien de su deseo inicial de acciones heroicas, atraído por las hazañas de San Francisco y Santo Domingo; pero queriendo, al mismo tiempo, sobrepasarlos en sus virtudes. Sin embargo, la última etapa de su vida estuvo dedicada a su pequeña oficina en Roma, donde practicaba el *magis*, gobernando y formando a sus hermanos desde su escritorio. Escribió en sus *Ejercicios Espirituales*: "Aquellos que desean dar mayores pruebas de su amor, y distinguirse en el servicio del Rey eternal y Señor de todo, no sólo se ofrecerán enteramente para el trabajo... sino que harán ofrendas de mayor valor y estima (EE,97)". La mayor prueba de su amor se dio en Roma y a ella se dedicó por completo; este fue el *magis* para Ignacio.

Y ¿cuál es el *magis* para nosotros? Podemos decir, por un lado, que esta pequeña palabra encierra casi un significado mágico en el vocabulario ignaciano y que puede ser descrito, brevemente, como un principio que nos ayuda a tomar nuestras decisiones -nos decidimos por una acción que resulta la respuesta más generosa al llamado de Dios. Por otro lado, *magis* es también un término que con frecuencia es malentendido por quienes usan esta palabra como sinónimo de generosidad, altruismo, perfeccionismo, etc. De acuerdo a ello, con frecuencia piensan que "más" significa que uno tiene que ser más emprendedor en el servicio de Dios, o que significa que uno tiene que hacerse más santo. No es esto lo que yo entiendo del término. No es una cuestión de cantidad, sino de calidad. "Aquí, podemos recordar la Anotación # 20 y el famoso "*non multa, sed multum*".

Además, no es sólo la cuestión del "cómo", sino del "qué". Se trata de un discernimiento cuidadoso, que se ajuste al servicio de Dios. Y a lo que se ajusta está explicado en el *Principio y Fundamento*:

conducta inachable, custodia la senda del deber, la rectitud y los buenos senderos." (proverbios 2, 7-8)

"El hombre ha sido creado para alabar, dar reverencia y servir a Dios, y así salvar su alma" y añade también en él, que se supone que el hombre "ha de desear y escoger sólo lo que más le conduce al fin para el que ha sido creado". Pero ¿cómo escoger? Una vez más, el término clave es *magis*. Es uno de los factores más decisivos para escoger, para nuestro discernimiento, y podemos verlo una y otra vez en los trabajos de Ignacio: "a la mayor gloria de Dios", "el mayor servicio de Dios", "la mayor necesidad", "el mayor fruto", "el bien más universal". Nuestra vida habría de ser una evaluación continua de cuál es el camino más eficiente (la mejor opción a nuestra disposición) para nuestro servicio. Debemos preguntarnos: "¿dada la situación, mis responsabilidades, mis talentos, mis limitaciones, cómo puedo orientar mejor mi deseo de ser una persona para los demás?"; y hemos

de considerar entonces, todas nuestras limitaciones como desafíos y oportunidades; no como fronteras infranqueables, ni como obstáculos⁵².

Leí, en algún lugar, que la mediocridad no cabe en la visión de Ignacio y que no podemos aceptar el *status quo*⁵³. Me gusta mucho esta idea; sin embargo la "búsqueda del más" podría parecer como identificación de nuestro descontento. Sabemos que el propósito de los Ejercicios Espirituales es ayudarnos a poner orden en nuestras vidas y a establecer un equilibrio espiritual que nos de la libertad para escoger lo que más conduce para el servicio de Dios y el servicio de nuestros hermanos y hermanas. Por lo tanto, no hemos de olvidar que la palabra que usa Ignacio, es siempre una palabra que tiene sentido en términos de relaciones personales, en términos de amor que no tiene

⁵² Cito aquí a Gregorio de Nyssa: "Uno no debe apenarse cuando considera esta tendència en nuestra naturaleza; más bien cambienos de tal manera que podamos desarrollarnos constantemente hacia lo que es mejor, siendo transformados de gloria en gloria, y así siempre mejorando y siempre perfeccionándonos en el diario crecimiento, sin llegar nunca a ningún límite en la perfección. Porque esa perfección consiste en nunca parar en nuestro crecimiento en la bondad, en nunca circunscribir nuestra perfección a alguna limitación" (*De perfectione et esse Christianum*, Pág. 46:285 c-d).

⁵³ En el *Decreto de la Congregación General 34* (1995), números 559 y 561.

ningún límite (otra vez con San Agustín "ama et fac quod vis").



Volviendo a nuestro itinerario espiritual, podemos decir que es un proyecto personal, diría un proyecto de vida (viene del latín *pro-lectus*, "ser lanzado a"). Somos lanzados a este mundo para vivir nuestra existencia con gran libertad. Después de ser creados por Dios nos hemos convertido en nuestros propios autores (hasta un cierto

punto³⁴). Por eso, veo el *magis* en la realidad de que tendemos continuamente a un ir más lejos, más lejos del punto en el que estamos. De esta manera podemos evitar el *status quo* y podemos tratar de realizar nuestro deseo profundo de ser nosotros mismos, y al mismo tiempo de ir más allá de nosotros mismos, no como un voluntarismo perfeccionista, sino al contrario, como un objetivo autónomo nacido desde la fuerza de atracción de un cierto valor que elegimos.

Al tener en mente la llamada de Jesús a ser perfectos, no considero esto perfeccionismo; sino que lo veo como San Pablo nos enseña en su epístola a los Filipenses: "no es que haya conseguido el premio o que ya esté en la meta; sigo corriendo a ver si lo obtengo, pues el Mesías Jesús lo obtuvo para mí. Hermanos, yo no pienso haberlo ya obtenido personalmente, y sólo una cosa me interesa: olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, correr hacia la meta, para

³⁴ Es decir padres, sociedad, cultura, religión. De Mello en su *historia de la milia adicional* habla sobre liberarnos de nuestra programación y de la computadora que acompaña nuestra vida para actuar en completa libertad. Escribe "solamente entonces experimentarás esa libertad interior de la que toda revolución social debe surgir sola por la emoción poderosa; la pasión que se presencia en tu corazón a la vista de los males sociales y te impulsa a la acción, tendrá su origen en la realidad, y no en tu programación o tu ego."

alcanzar el premio al que Dios llama desde arriba por el Mesías Jesús. ¡A ver, los hombres maduros, ésta es nuestra línea! Y si en algún punto piensan de otro modo, Dios se encargará de aclararles también eso, en todo caso, seamos consecuentes con lo ya alcanzado" (3: 12-16).

Olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios llama desde arriba por el Mesías Jesús

Otra cosa importante es que el *magis* "no implica comparación con otros o medida del progreso en relación a un estándar absoluto; más bien es el pleno desarrollo posible de las capacidades individuales de cada persona en cada etapa de la vida, unido al deseo de continuar este desarrollo a través de la vida y de la motivación para utilizar estor dones desarrollados para los demás"⁵⁵. En lo que toca a San Ignacio, podemos decir que su vida entera fue una búsqueda de este *magis*, la mayor gloria de Dios, el mejor servicio al prójimo, el bien

más universal, los medios apostólicos más efectivos. Este fue su peregrinar, y estoy convencido de que debe ser el nuestro. Por lo tanto, me gustaría que mi vida y la de cada cevequiano pudiera ser un constante peregrinaje (del latín *per agrum* - "a través de los campos", porque no siempre vemos el Camino) en el camino a la mayor gloria de Dios y en la escuela del amor en el mayor servicio a mis hermanos y hermanas.

Ya que la escritura permea mi vida, me gustaría finalmente comparar el *magis* con el Sermón de la Montaña de Jesús, y las seis antítesis. Hay una discusión acalorada entre los eruditos acerca del conjunto del texto. Muchos no consideran las antítesis como algo legalista, sino que, más bien, las ven como un estilo de formación del carácter. Esta es una consecuencia de muchas de las exigencias de Jesús que son casi imposibles de cumplir. Por lo tanto, lo que es importante es la actitud. Diría que debe entenderse como la voluntad divina incondicional, proclamada en el ambiente de nuestra existencia condicionada. Sin embargo, aun si no debe ser tomada como ley que

⁵⁵ 'Excellence in Formation' (1986), número 109

diga a los cristianos qué hacer, sí que nos exige ser algo. Crea un nuevo tipo de persona. La formación del carácter se refiere a la pregunta "qué hacemos", que se conecta indirectamente con "quiénes somos". En esta línea, podemos también considerar el *magis* como una cualidad del carácter. Por ejemplo, Mateo escribe: "a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos" (5,41). Quienes son capaces de "caminar una milla extra", no sólo porque se les ordena (mansedumbre cobarde), sino porque quieren hacer las cosas para la mayor gloria de Dios, están profundamente enraizados en la espiritualidad del *magis*. Este es sólo un pequeño ejemplo.

Finalmente, como un último paso, podemos incluso considerar el *magis* como un escalera por

subir¹⁶, peldaño a peldaño, o como un desafío que, al ser constante, puede llegar a ser cada vez más efectivo a través del curso del tiempo. Mientras que no podemos hacer nada en torno a nuestra estatura, sí podemos hacer algo en torno a nuestra capacidad de amar, que siempre se puede incrementar, profundizar, etc. Esto explica por qué John Climacus podía hablar del amor como "el progreso de la eternidad" (Escalera del ascenso Divino 30). Amar no tiene ningún límite y siempre hay un *magis*.

Acabaré con las palabras de Ricardo de Chichester, una persona aparentemente muy querida para San Ignacio, que pide a Dios, *verlo más claramente, seguirlo más cercanamente, y amarlo más tiernamente, día con día*. En pocas palabras, así es como yo veo el

¹⁶ Y si deseamos ser más filosóficos y agregar un poco de experiencia mística, podemos incluir el "y entonces abandonado" en el sentido del *Fractus logico-philosophicus* de Wittgensteins que acaba con la famosa frase: "De lo que no se puede hablar, hay que guardar silencio". Para nuestro objetivo final está la visión contemplativa que según el autor de *La nube de lo Desconocido* (*Cloud of Unknowing*) está reservada para los que "con verdadera voluntad" quisieran ser "un seguidor perfecto de Cristo, no sólo en la vida activa, sino en el punto más elevado de la vida contemplativa, al cual es posible llegar por la gracia, en esta vida presente". Y agrega: "De Dios mismo ningún hombre puede pensar, y por lo tanto dejaré todo aquello en que yo pueda pensar, y escojo para mi amor aquello en que no puedo pensar". Cuando hablo sobre vida mística la veo como etapa final de nuestro crecimiento hacia Dios, un uso correcto de nuestra voluntad. Pero no la considero como un atajo hacia al conocimiento oculto o como experiencia supersensual.

magis y creo, deseo y pido que ésta pueda ser también mi espiritualidad. Esto puede ser vivido en todos los niveles de nuestra vida de cada día, de manera individual o comunitaria. Y de acuerdo con mi humilde opinión, esto es también la llamada para todo cevequiano.

Puede parecer como una idea demasiado teórica acerca de lo que es CVX y lo que es mi experiencia y espiritualidad, pero si alguien lo medita y lee entre líneas, espero que la idea se aclare.

Goran Kühner



Traducido del inglés por *Magdalena Palencia*

XXI Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos



Con gran alegría e ilusión he asistido a la XXI Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos del que soy miembro por designación del Santo Padre y en la que participo a tenor de mi experiencia como representante de la CVX. En el Pontificio Consejo para los laicos están presentes una gran diversidad de presidentes y fundadores de movimientos laicales, junto con laicos que tienen o han tenido responsabilidades en asociaciones y movimientos de Iglesia y una representación de Obispos y Cardenales que actúan como consultores del Dicasterio, en total unas sesenta personas.

La Asamblea es ante todo una experiencia gozosa de eclesialidad,

fundada en un compartir profundo y sencillo iluminado por la reflexión teológica sobre un tema de fondo, que es el hilo conductor de aquella y que estructura todas las sesiones. Este compartir a lo largo de los ricos (y densos) debates que se producen, es para todos un signo de que no sólo es posible aportar luz desde el magisterio de la Iglesia y la experiencia de todos los movimientos y asociaciones laicales, sino que hoy en día es más necesario que nunca para relanzar la esperanza que aporta el mensaje de Jesús al mundo en que vivimos.

Junto a todo ello, para mí, que sólo soy un humilde técnico metido entre planos de edificios, la convivencia con tantos hombres sabios, ya sean laicos, obispos o Cardenales que están a cargo de Diócesis tan complicadas como la Bombay o la de Sao Paulo, con veinte millones de fieles, o las que están en países de mayoría islámica como Líbano, es una experiencia gozosa de aprendizaje y una vivencia intensa de Iglesia en marcha que se muestra en un horizonte ensanchado y de esperanza.

El tema de esta Asamblea ha sido "Volver a descubrir el verdadero rostro de la Parroquia". Es decir, a través de la realidad actual de la parroquia y de su problemática en un mundo cada vez más secularizado y a la vez más globalizado, ir avanzando en la concreción de cuales pueden ser los nuevos caminos que ha de afrontar la Parroquia en este nuevo contexto socio-cultural que está emergiendo. Este tema tendrá su continuación en una próxima Asamblea para poder avanzar más en las concreciones y aportaciones.

Tuvimos la suerte de empezar la Asamblea con la Audiencia del Santo Padre que nos animó a trabajar para redescubrir el auténtico rostro de la Parroquia como expresión más inmediata y visible de la Iglesia que vive en medio de los barrios y viviendas de sus hijos, como una célula vital en la que el laico encuentra un sitio natural en la participación en la edificación y la misión de la Iglesia en el mundo.

La Parroquia como el lugar por excelencia del anuncio de Cristo y de la educación en la fe y que por esta razón debe renovarse constantemente para llegar a ser una auténtica comunidad de

comunidades, capaz de una acción misionera profundamente encarnada e incisiva. Nos recordó en este año dedicado a la Eucaristía que ella misma es el corazón que palpita en la Parroquia, fuente de su misión y presencia que continuamente la renueva...

Con estas palabras de ánimo empezamos nuestra Asamblea, muy interesante en las charlas introductorias que dieron diversos teólogos y hombres de Iglesia, y de ellas y los debates posteriores de todos podemos entresacar algunas reflexiones y retos:

La Parroquia es un microcosmos donde se viven los problemas de la Iglesia y de la sociedad a la que afectan los grandes desafíos socio-culturales y religiosos. El individualismo feroz de la sociedad occidental, el relativismo y la pérdida de valores, la descomposición de la familia, la disminución creciente de cristianos en el mundo pero al mismo tiempo la mayor presencia de los mismos en el tejido social frente a la Iglesia silenciosa de años atrás... la riqueza de movimientos eclesiales que bajo la inspiración del Espíritu están renovando con sus carismas la faz de la Iglesia y la asunción

por parte del laicado de su papel evangelizador y misionero testimoniando su vocación en todo su entorno vital y superando la dicotomía fe y vida.

La gran cantidad de aportaciones de los diferentes países del mundo, nos dio una imagen de la gran diversidad de situaciones en las que se viven estos desafíos y la fuerza que el Espíritu aporta para descubrir con creatividad cuáles pueden ser las respuestas en cada situación.

Mención especial debe hacerse para la relación Parroquia-Movimientos. Fuimos conscientes de las dificultades que pueden existir entre la riqueza y el carisma de los movimientos y su inserción en la realidad de la Iglesia Local. Pero también fuimos conscientes que los movimientos son una expresión de la riqueza de carismas en la Iglesia y, por tanto, de la necesidad de superar los problemas cotidianos para lograr una plena integración (respetando los carismas) en beneficio de la misión evangelizadora de toda la Iglesia y todos los cristianos.

Finalmente el Profesor Carraguiry nos propuso 10 desafíos para el laico en la Iglesia de hoy:

- El 98% de los miembros de la Iglesia somos laicos de los que solamente entre un 5-10% participa en la vida de la misma a través de su Parroquia local y, por tanto, lo más urgente es la proclamación de la Fe y su riqueza para el cristiano hoy.
- La formación es, si cabe, más necesaria para poder dar respuesta desde nuestra fe a los desafíos planteados, incluyendo el concepto de formación permanente tan asumida en el mundo laboral y profesional pero todavía no demasiado asentado en el mundo eclesial.
- Revisión y puesta al día de la enseñanza del Vaticano II. Los laicos no hemos asumido suficientemente nuestro papel en la evangelización de este mundo y nuestra participación activa en la venida aquí y ahora del Reino de amor, paz y justicia que actualizó Cristo con su muerte y resurrección. Esto ha sido así por diversas razones, quedando, las más de las veces, como simples destinatarios de los servicios de los Párrocos, perpetuando así una clericalización vivida por los mismos párrocos y por los laicos que asisten a la Parroquia como a una "Estación de Servicio" (es decir, el lugar en

donde se imparten servicios religiosos : liturgia, bautizos, bodas, etc...)

- Recuperar la vocación a la santidad de los laicos en consonancia con el punto anterior, es decir, de la plena asunción de la llamada del Señor (vocación) a ser sus actores en este mundo, para dar sentido a la vida en esta sociedad tan necesitada de sentido: "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí..."
- Recuperación de la Gracia como don gratuito. El cristianismo no es un sentimiento, ni una utopía sino un don, que en la salvación nos lanzó a la asunción de la plenitud a la que estamos llamados ya aquí en esta vida.
- Renovación del sentido de la pertenencia de los laicos a la Iglesia como un misterio: la Iglesia no es una ONG ni una institución política: es el cuerpo del Señor a través del tiempo al que fuimos unidos por Jesucristo y del que somos actores según nuestros talentos y carismas.
- Vivir siempre la vida como una vocación, llamada del Señor, a ser sus manos en el mundo, llamados desde nuestra realidad e iluminados por el Espíritu a

llevar el mensaje de justicia, paz y amor a un mundo absolutamente necesitado de ello. El laico en su vida secular es absolutamente imprescindible y único para llevar este mensaje al entorno vital en el que se mueve: familia, trabajos, servicio, ocio etc.

- Como consecuencia de lo anterior, el laico como factor clave de la nueva evangelización con una renovada, competente y coherente manera de "cuidar" los campos en donde se juega el crecimiento integral de la persona: familia, trabajo, educación, política etc.
- Superar la "diáspora" del laico en la sociedad, el anonimato en la masa. Trabajando los principios de la dignidad, subsidiariedad, solidaridad y por tanto siendo activos en los campos de la defensa de la vida, salvaguarda del matrimonio y la familia, derechos naturales de las personas, libertad, paz.
- Saber edificar auténticas comunidades cristianas: no basta con la asistencia periódica a las iglesias, hay que conseguir laicos atraídos incorporados, alimentados y sostenidos por las comunidades locales de residencia.

Como se ve, la Asamblea fue profundamente rica y se plantearon con realidad los problemas actuales, pero en la experiencia de la catolicidad y diversidad que vivimos hallamos esa fuente de esperanza de los que compartimos la misma fe en el Cristo que resucitó y que resuena día a día su llamada a restablecer el Reino de Dios y nos envía su Gracia a través del Espíritu para poderlo realizar.

Como laico de la CVX, creo que nuestra espiritualidad nos da las herramientas necesarias para discernir a lo largo de nuestra vida cotidiana cuál ha de ser nuestra respuesta al Señor. A través de la oración en sus diferentes formas, a

través de los momentos fuertes de encuentro con el Señor en EE.EE. y a través de la práctica del examen diario y del discernimiento o deliberación en comunión con el cuerpo apostólico al que pertenecemos, nos sentimos disponibles para ser enviados allí donde el Señor y la Iglesia nos piden respuestas. Podemos y debemos aportar toda la riqueza de nuestro carisma al mundo y a la Iglesia en que nos movemos, nosotros somos parte de esta expresión rica de eclesialidad y catolicidad y también debemos ser miembros presentes y actores en la Iglesia a través de las realidades locales: las parroquias.

José María Riera



